

TESTIMONIOS SOBRE EL PADRE JOSÉ KENTENICH

(Testimonios 1885 - 1968 Recopilados por el P. Esteban J. Uriburu)

TESTIMONIOS DE:

P. Francis A. Cegielka

P. Esteban J. Uriburu

Monseñor Adolfo Tortolo

Alejandro Foxley Rioseco

Beatrice Avalos Davidson

Ernesto Livacic G.

P. Alberto Eronti

P. Jaime Ochagavia

Dominga González

Richard Fenelon

Mary Fenelon

Jesús María Pagan

P. Christian Christensen

P. Benjamín Pereira

Rodolfo Villalón

Alfredo y Odette Vallendor

Fernando Bobenrieth

Pedro V. Santos

Bárbara Kast Rist (†)

María Kleinmeyer

Víctor Alamos

Olga Rist de Kast

Miguel Kast Rist

P. Clemente María Hernández

Cedric Moller

María Teresa Rivas de Moller

P. Augusto Ziegler (†)

P. Hernán Alessandri

Mons. Bernardino Piñera

P. Claudio Giménez

El último adiós al Padre

INTRODUCCIÓN

Uno de los recuerdos más vivos que guardo de mi viaje a la Unión Soviética es la visita al Monasterio de Zagorsk, a unos setenta kilómetros al norte de Moscú. En aquella mañana de setiembre de 1969 me había conducido hasta allí, en su Volkswagen azul, Guillermo Jacovella, por ese entonces miembro de la representación diplomática argentina en la capital soviética. Llegados al famoso lugar de peregrinación, fuimos gentilmente guiados por un joven ruso, que representaba al Patriarcado de Moscú. Nos fue mostrando —ante nuestros ojos maravillados— las diversas estancias del monasterio: el antiguo refectorio donde actualmente se celebra la liturgia, la residencia del Patriarca Alexis, la Iglesia dedicada a la Asunción de la Virgen. Posteriormente el Archimandrita Simón, Vice-rector del Seminario, nos invitó a un magnífico almuerzo ruso —con caviar y vodka—. La impresión más honda de aquella tarde fue, sin embargo, la visita a la pequeña Basílica de la Santísima Trinidad, donde descansan los restos de San Sergio de Radones (1314 - 1392), fundador del monasterio y uno de los más grandes santos de la Iglesia ortodoxa rusa.

El recinto —relativamente pequeño— estaba colmado de gente sencilla del pueblo. Mujeres —y también hombres— cantaban sin cesar melodías de cadencia suave, algo monótonas y melancólicas, pero que llegaban al alma. Muchos de ellos con velas, largas y delgadas, encendidas, en las manos. Una larga cola —por privilegio fuimos eximidos de hacerla— esperaba turno para poder llegar hasta la tumba del santo y besarla. Tuve el honor, yo también, de poder besar la tumba del hombre que, a lo largo de casi seiscientos años, había sido faro de paz y de esperanza para generaciones y generaciones de rusos. Se respiraba una atmósfera de paz, de recogimiento religioso de vinculación espontánea, instintiva y llena de esperanza al santo.

Con el correr del tiempo he vuelto una y otra, vez a aquella emotiva tarde de setiembre de 1969. He ido comprendiendo, siempre más, cuan hondamente se arraiga en la naturaleza humana la vinculación a los muertos. Y qué riqueza humana y espiritual entraña, para la vida cristiana, la devoción —auténtica— a los santos, y el rol de aquellas almas privilegiadas que, al decir de Bergson, se sienten emparentadas con todas las almas, y que en lugar de permanecer en los límites de un grupo o de atenerse a la solidaridad que establece la naturaleza, han tendido hacia toda la humanidad impulsados por un "elan " de amor.

La historia humana es testigo de una continua lucha entre la paz y las tinieblas. Quien la contempla con ojos cristianos la ve encaminarse, cual caudalosa corriente, hacia aquel día sin ocaso cuando Dios sea "todo en todos" (1 Cor, 15), cuando la luz haya vencido, definitivamente, al poder de las tinieblas. Cuando esa nueva humanidad, plenamente redimida, liberada de toda cadena u opresión, externa o interna, se haga realidad en aquella Ciudad que no necesitara de sol ni de luna que la alumbren, porque la iluminará la gloria de Dios y su lámpara será el Cordero, Cristo (cir. Apoc.21). Mientras tanto en esta larga marcha, al Dios de la vida y de la historia, que otrora guiara al pueblo de Israel por el desierto con una

nube durante el día y una columna de fuego en la noche, sigue presente y actuando.

Uno de los signos más fuertes de su cercanía son aquellos hombres y mujeres que con mayor perfección se transforman en imagen de Cristo. El Concilio Vaticano II nos dice que en ellos Dios manifiesta al vivo ante los hombres su presencia y su rostro (cir. Iglesia; 50), que en ellos El mismo nos habla y nos ofrece un signo de su reino. Ellos son, en definitiva, los verdaderos hombres nuevos, que han vencido el egoísmo y las pasiones desordenadas y se han prodigado, sin medida, a sus hermanos los hombres. Hombres nuevos, sí, porque se han auto educado continuamente y, en cierto sentido, no han tenido compasión de sí mismos. Pero hombres nuevos —y esto es lo decisivo— porque los ha penetrado, transformado y transfigurado la paz y energía divinas de Cristo resucitado, Señor de la historia. Hombres nuevos porque, sintiéndose muy hondamente hijos de Dios, el Padre nuestro, se han sabido hermanos de todos los hombres. Hombres nuevos porque los ha animado un espíritu distinto al del "hombre viejo", quiero decir: el Espíritu Santo, Espíritu de amor, alegría, paz y victoriosidad.

En este contexto quisiera encuadrar este libro, en una época que en forma creciente experimenta el "silencio de Dios", en la que muchos hablan de la "muerte de Dios", en un mundo en el que la técnica y sus métodos quisieran erigirse en árbitros supremos de la vida, existen hombres que han experimentado profundamente a Dios. Quien ha tenido el don de conocerlos, tiene el deber de dar testimonio de ello. De lo contrario cometería una grave falta de omisión. La luz, ya lo dice el Evangelio, no está para que se la ponga bajo la mesa, sino sobre el candelero, a fin de que ilumine a todos los de la casa.

Estas páginas quieren dar a conocer a un hombre, un sacerdote y un profeta de nuestro tiempo: el Padre José Kentenich. Nacido el 18 de noviembre de 1885 en Gymnich (Alemania), muerto el 15 de septiembre de 1968, en la Iglesia de la Adoración (Schoenstatt), ordenado sacerdote el 8 de julio de 1910, ejerció su ministerio en forma ininterrumpida a lo largo de 58 años. La gran tarea —y pasión— de su vida fue el hombre nuevo en la nueva comunidad, el echar las bases de un nuevo orden social en el mundo entero. No contento con un diagnóstico certero de la crisis actual, supo poner audazmente manos a la obra, dando en pequeña escala una respuesta global a los problemas del presente. Educador carismático, su sistema no fue elaborado en abstracto o desde la tranquilidad de un escritorio. Por el contrario, se fue haciendo en el contacto diario con los hombres y la vida, en medio de continuas dificultades y luchas. En una época que viera el cambio más inaudito de la historia. Durante los años de su sacerdocio (1910 - 1968) estallaron la primera y segunda guerras mundiales, la revolución rusa y la revolución china. El avance en lo científico y técnico fue impresionante. Le tocó vivir en tiempos de grandes papas como S. Pio X, Pio XI, Pio XII, Juan XXIII y Pablo VI. Estuvo en Roma en la última sesión del Concilio Vaticano II. Supo de las penurias del campo de concentración en Dachau. Con visión profética comprendió el fondo del gran proceso histórico contemporáneo,

cuando escribía, prisionero en la cárcel de Coblenza (Alemania) en 1941: "En el horizonte se van perfilando, lentamente, las grandes líneas estructurales de un nuevo orden en el mundo: un mundo antiguo está en llamas. . .".

Geoffrey Barraclough, sucesor de Arnold Toynbee como Profesor de Historia Internacional en la "Stevenson Research" de la Universidad de Londres, afirma que los años transcurridos entre 1890, en que Bismarck se retiró del escenario político, y 1961, en que Kennedy ocupó la presidencia de los Estados Unidos, constituyen una vertiente entre dos edades, que marca el fin de una época y el principio de otra (Cfr. Geoffrey Barraclough, Introducción a la historia contemporánea, Editorial Gredos, Madrid, 1965). Una se extiende a todo lo largo del paisaje de la historia moderna con sus tres cumbres conocidas: Renacimiento, Enciclopedismo y Revolución Francesa, la otra mira hacia la época futura, que está todavía en sus comienzos. En los años que precedieron y siguieron inmediatamente a 1890 fue cuando empezaron a hacerse visibles por primera vez la mayoría de los acontecimientos que diferencian la historia moderna de la del futuro.

Llama la atención constatar que la vida del Padre Kentenich justamente tiene lugar en ese período (1885 - 1968). Este hecho nos permite considerarlo como un hombre de fronteras, crepúsculo de una época que concluía y aurora del porvenir. Y la tarea de su vida adquiere también dimensiones seculares. En relación al pasado, buscaba captar cuidadosamente y mantener vivo en su obra "todo lo grande y todo lo bello que los últimos cuatro siglos han revelado sobre el esplendor, aún oculto, de la idea divina "del hombre". (Oktoberbrief 1949). Y hacia el futuro su mirada se extendía a los próximos cuatrocientos o quinientos años "Los mejores de todas las naciones, sienten instintivamente que nos hallamos ante un histórico cambio de épocas de dimensiones seculares; que ahora caen los dados que decidirán los destinos del mundo por los próximos cuatro o cinco siglos", (op.cit). Esto explica que afirmara que su misión no consistía tanto en romper lanzas por la eficacia actual de la Iglesia, sino en comprometerse a fondo por su destino y vitalidad futura (1955).

Estos TESTIMONIOS no pretenden dar una visión completa de su vida y de su obra. Más bien quisieran abrir vías de acceso al Padre Kentenich, mostrando rasgos humanos de su personalidad. Su fuerza estriba en su espontaneidad y en el hecho de ser cada testimonio una experiencia de vida. Queremos agradecer vivamente a todos aquellos, que accediendo a nuestra invitación, escribieron sus recuerdos del Padre. En forma simbólica quiero nombrar al Padre Francis Cegielka, que fue el primero en dar un sí a mi pedido —a fines de Mayo de 1971— en Milwaukee (U S.A.), y al Padre Augusto Ziegler, que me enviara su testimonio con fecha 22 de Marzo del corriente año y falleciera repentinamente el 21 de Junio en las alturas de las montañas suizas, que tanto amaba. Gracias también a los que han colaborado en la preparación del libro. Y a todos aquellos que, en silencio, acompañaron este trabajo con su oración. Se trata de algo que hemos realizado en común.

Santiago de Chile, 15 de Setiembre de 1972

...EL HOMBRE A QUIEN HABÍA ANDADO BUSCANDO...

P. FRANCIS A. CEGIELKA,
Sacerdote polaco,
Doctor en teología,
ex-director de la misión católica de los polacos en Francia;
ex-prisionero de la Gestapo en cárceles y campos de concentración.
Actualmente maestro de retiros Espirituales para sacerdotes y religiosas.
Profesor de teología en el Holly Family College,
Philadelphia, Penn. U.S.A.

Ya en 1922, siendo estudiante en el "Collegium Marianum" de Wadowice, Polonia, soñé con encontrar un día al Padre Kentenich. Por ese entonces teníamos en el colegio un sacerdote recién ordenado, el P. W. Turowski, que había tenido oportunidad de observar durante largo tiempo el desarrollo del movimiento de Schoenstatt en Alemania. Su entusiasmo por el P. Kentenich y su obra se convirtió en parte de nuestras vidas. En mis sueños había equiparado al P. Kentenich con San Vicente Pallotti, el restaurador del apostolado universal en la Iglesia. Estudiando en Roma (1927 - 1931) en la Universidad Gregoriana, profundicé mi estima por el P. Kentenich, considerándolo cada vez más como el reformador del sistema de educación cristiano. En verdad había descubierto cómo educar un hombre nuevo y cómo formar una nueva comunidad —en los diversos niveles de vida—. El ocuparme con el movimiento apostólico de Schoenstatt despertó en mí un sincero anhelo de ver al P. Kentenich y de trabajar —o prepararme para el trabajo apostólico— bajo su conducción.

Mis anhelos se vieron realizados en parte en 1934, al participar en una semana pedagógica, en Danzig, dirigida por el P. Kentenich para sacerdotes y maestros. Fue el propio P. Kentenich quien me abrió la puerta de la casa de los Pallottinos en esa ciudad. Y lo hizo con tanta gracia, que entendí en ese momento que era el hombre a quien había andado buscando. La semana pedagógica fue todo un suceso. Entre los participantes había muchos profesores protestantes, quienes se tornaron admiradores suyos, a pesar de que había hablado de la conformación Mariana del mundo en Cristo, sobre el telón de fondo del fenómeno creciente del nazismo.

En 1936, 1937 y 1938 tuve el privilegio de tomar parte en los retiros que el P. Kentenich predicara en Schoenstatt. Fue una experiencia única. Supo mostrarnos como conducir retiros y como aprovecharlos para formar el "hombre nuevo, Mariano". El P. Kentenich era un maestro de retiros por excelencia.

Al estallar en septiembre de 1939 la guerra de Alemania con Polonia, Francia e Inglaterra, nunca soñé que en 1942 lo volvería a encontrar en el campo de concentración de Dachau. Y eso fue lo que ocurrió: ambos volvimos a encontrarnos allí. En febrero de 1942 llegué a Dachau proveniente del campo de

concentración de Sachsenhausen (cerca de Berlín) y el P. Kentenich fue trasladado desde la prisión de Coblenza a Dachau, en marzo de ese año. Lo encontré por vez primera en la calle principal del campo (la "Lagerstrasse"). Me sentía aún con buen ánimo (después de 17 meses de prisión), me lo encontré y le dije: "Padre, este es uno de los días más grandes de mi vida al verlo aquí en Dachau". A lo que me respondió: "Voy a contarle a los schoenstattianos de su malicia, que desea me encuentre en Dachau". Le repliqué: "Padre, Dachau es el centro de la Iglesia y donde está el centro, allí debe estar el P. Kentenich". [Dachau era un campo de concentración adonde eran llevados los sacerdotes perseguidos por el régimen nazi]

Y realmente, Dachau contribuyó de alguna manera a dilatar los horizontes de la misión de Schoenstatt. Allí se fundaron la Internacional de Schoenstatt, el Instituto de los Hermanos Marianos y la Obra Familiar, que significaron para la Obra una nueva irrupción carismática. Todos nosotros, prisioneros de muchas naciones, pudimos ver en la persona del P. Kentenich cómo se vive la sabiduría de la cruz y cómo se lleva con plena dignidad cristiana y sacerdotal. Ninguno de nosotros estaba tan bien preparado como él para "manifestar en nuestros cuerpos la agonía de Jesús" (2 Cor. 4, 10). Bajo su ejemplo y su guía, todos tuvimos la oportunidad de completar, por caminos bien especiales, lo aprendido en la Universidad. También tuve el privilegio de encontrarme con el P. Kentenich por lo menos cuatro veces al año durante el tiempo de su exilio en Milwaukee (USA.), donde completó su misión carismática para la Iglesia. En nuestras conversaciones mi visión del "hombre nuevo en la nueva comunidad" llegó a su pleno desarrollo.

EL PADRE VIVE

P. ESTEBAN J. URIBURU,
argentino, sacerdote de la Comunidad Padres de Schoenstatt,
encargado del Movimiento de peregrinos del Santuario de Nuestra Señora de Schoenstatt (Florencio Varela) en Buenos Aires.

Recuerdo la primera vez que lo conocí. Desde enero de 1957 había tomado contacto con el Movimiento de Schoenstatt y oído hablar de él. A medida que fui conociendo su vida, crecía mi admiración por su persona. A veces me preguntaba si no había algo de exageración o de mistificación de una persona lejana. Debo confesar que al conocerlo personalmente, ocho años más tarde, no sufrí el más mínimo desengaño en relación a lo mucho que había escuchado: por el contrario, me vi confirmado en todo.

El Padre se encontraba desde hacía años en una parroquia de Milwaukee (USA) cumpliendo —sufriendo, sería más apropiado decir— una medida administrativa impuesta por Roma en octubre de 1951. En la madrugada del 2 de abril de 1965 llegué al aeropuerto de Milwaukee, procedente de Santiago de Chile, a eso de la

una y media. Dado lo insólito de la hora, no me atreví a llamar a nadie por teléfono. Sabía que el Padre celebraba a diario la Santa Misa a las 5.50 A.M. en un pequeño Santuario cerca del Calvary Cemetery. Decidí por tanto quedarme en las cómodas dependencias del aeropuerto hasta que un ómnibus me llevara hasta el centro de la ciudad (era la primera vez que llegaba a los Estados Unidos). Hasta poco después de las 5.30 partí en ómnibus hasta el centro de la ciudad y de allí tomé un taxi amarillo hasta Blue Mound Road 5424. Era una mañana despejada, fría y aún se veía nieve en muchas partes. Al llegar a destino me bajé, aproximándome al pequeño Santuario. En esos momentos vi al Padre Kentenich que venía saliendo de Misa. Se encaminaba, erguido y recogido, hacia la sacristía, iluminada por el sol naciente. El viento mecía su blanca barba.

Lo contemplé pasar, fascinado de ver directamente al hombre y al sacerdote de quien tanto había escuchado hablar durante años y a quien tanto había anhelado conocer personalmente. Minutos más tarde lo saludaba en el pequeño recinto de la sacristía. Me impresionaron profundamente su mirada, la transparencia de sus ojos —parecían aguas cristalinas y serenas de un lago— y su bondad paternal. Me tendió la mano, preguntó que tal viaje había tenido, si había dormido, se preocupó de que pudiera escuchar la Santa Misa. Desde ese primer instante me sentí totalmente en casa con él.

Permanecí poco más de cinco meses en Milwaukee. Durante ese tiempo tuve oportunidad de verlo casi todos los días cuando celebraba la Misa. En varias oportunidades conversé personalmente con él, en otras hice de traductor a quienes querían hablar con él pero se los impedía la barrera del idioma (afortunadamente me podía entender con el Padre en inglés). Lo escuché predicar muchos domingos en la Misa de 10.00 A.M. que celebraba en la Iglesia de St. Michael para la comunidad alemana. Como párroco de la misma solía realizar también una peregrinación mensual al Santuario de Nuestra Señora de Schoenstatt en las afueras de Milwaukee (Waukesha). Hablé muchas veces por teléfono con él (en Alemania nunca lo pude hacer). En septiembre de 1965 viajé a Europa para continuar en Alemania mis estudios de teología. Estando allí tuve la oportunidad de volver a verlo. El primer reencuentro tuvo lugar en marzo de 1966 en Schoenstatt, y durante los siguientes dos años y medio continué el contacto que había comenzado en Milwaukee. Contemplé su rostro ya muerto, por última vez en la madrugada del 20 de setiembre de 1968, día en que fuera enterrado en el mismo lugar donde muriera: la sacristía de la Iglesia de la Adoración, en el Monte Schoenstatt. Irradiaba algo que había notado desde el primer encuentro que tuve con él y que experimenté siempre de nuevo junto a su persona: paz.

Quisiera agrupar mis impresiones sobre él en torno a tres polos. En primer lugar, su paternidad. Es decir, esa rara mezcla de bondad y firmeza, de comprensión y de exigencia, de cercanía y distancia. Ante el Padre uno se sentía espontáneamente hijo. Cobijado, comprendido, ennoblecido. Unos momentos con él equivalían a salir renovado, con aire fresco en los pulmones, con nuevas alas. El Padre sabía escuchar, tenía tiempo para escuchar —o se lo hacía—. Cuando conversaba con él, parecía que yo era lo único que le interesaba y que existía en

ese momento en el mundo. Recuerdo que una mañana íbamos a conversar en el cementerio -que está frente a la parroquia- al entrar me dijo: "Ahora yo soy la Iglesia que escucha". Tenía gestos tan delicados como conseguirme un pedazo de torta y dármelo cuando salíamos a dialogar. Se preocupaba también de pequeños detalles. En una oportunidad hablábamos por una de las avenidas del cementerio. Como había sol y buen tiempo, yo estaba sin sobretodo.

"No ande sin sobretodo en este tiempo —me dijo— ya que en Milwaukee el invierno tarda en irse y no hay que descuidarse, a pesar de que en apariencia esté cediendo"

Tenía también un fino sentido del humor. En cierta ocasión yo acompañaba a una visita que lo conocía por primera vez. Mirándome y con un dejo de picardía, el Padre le dijo: "El es un mal hombre", a lo cual alcancé a replicar: "Pero el Padre quiere a todos sus hijos, también a los que son malos". . . Se limitó a sonreír.

Junto al Padre pude ver como se daba por igual a todos los que recurrían a él, sin hacer distinciones de ninguna especie. En otra oportunidad me tocó presentarle a un joven colombiano. El Padre se interesó por los problemas de su patria. Al decirle que provenía de una familia pobre, el Padre le dijo: "Lo felicito". Esto se me quedó muy grabado. Otra vez le traduje a una señorita de habla hispana, de una familia bien humilde. Quede asombrado cómo el Padre se preocupaba de ella, preguntándole como iban sus planes en relación a un curso de inglés que estaba por hacer. Le prometió ayuda económica en caso de ser necesario. Hacia el final de la conversación fue a buscarle muchos regalos y aún le dijo: "¿Que más puede hacer el Padre por Ud.?" No es fácil expresar con palabras experiencias de vida tan profundas. Redondeando, diré que sentía el cariño personal del Padre, que yo tenía un lugar en su corazón. Ante él podía darme con entera naturalidad, saberme y sentirme hijo suyo. Se interesaba por todo lo mío, se alegraba, me apoyaba y alentaba, impulsándome a que fuera yo quien se decidiera: Do it, please (Hágalo, por favor), solía decir al consultarle sobre una u otra posibilidad de actuar.

Esto que intento, balbuceando, volcar al papel, es algo muy profundo y a la vez misterioso. Sentía que el Padre estaba dispuesto a cualquier sacrificio por mí —y por cualquiera de sus hijos—. Esto era lo que a uno le llegaba hasta las fibras más profundas, despertando el heroísmo latente e impulsando hacia una entrega radical a Dios y a la misión. Y porque era tan padre, por eso en torno suyo se creaba un clima tal de familia como nunca lo había experimentado antes. Junto a su persona muchas tinieblas se disipaban, se esfumaban como si se las confrontase con un sol radiante. Sobre todo, el Padre irradiaba en torno a sí una maravillosa atmósfera de alegría. No era que no sufriera: por momentos se lo veía sufriendo, a veces mucho. Pero su persona irradiaba algo que él mismo definiera como característica del hombre nuevo, filial, que exigen los nuevos tiempos: en medio del continuo llorar humano, el continuo sonreír divino.

Debo mencionar otro rasgo profundo de su personalidad: lo profético. Es decir, esa sensibilidad exquisita, ese carisma de ir forjando historia según el plan de Dios. Siempre rechacé instintivamente un cristianismo espiritualista, desconectado del mundo y de la historia, encerrado en sí mismo. Por el contrario, me fascinaba encontrar personas que vivieran su fe en medio del mundo, luchando por darle un sello y cuño cristianos a todos los campos de la vida, tanto privada como pública. En este sentido, el caso más excelente que he encontrado en mi vida ha sido el Padre Kentenich. Como los antiguos —y verdaderos— profetas era un hombre extraordinariamente bien informado. Dotado de una ardua sensibilidad por la historia y sus grandes corrientes. Toda noticia le interesaba. Uno de axiomas que marcaron su vida fue aquel que, dice: “La voz de los tiempos es la voz de Dios”. En cierta oportunidad había dicho que quien quisiera representarlo debía hacerlo mostrándolo con el oído en el corazón de Dios y la mano en el pulso del tiempo. Junto al Padre, uno se sentía forjando verdaderamente historia. Y esa forjación no era sólo fruto de planes puramente humanos (necesarios de todas maneras). Todo se hacía y elaboraba en función del gran plan divino. Luego de convivir unos meses junto al Padre, la convicción de la existencia de un plan de Dios para la historia, sea la del mundo, o la de la pequeña vida personal, se hizo en mi mucho más honda.

Me llamó también la atención como el Padre hablaba del plan de Dios con la misma naturalidad y espontaneidad con que un funcionario o ejecutivo se refieren a un plan político o económico. Y cómo se hacía dependiente de ese "plan", esperando ciertas señales o "signos" de Dios —provenientes de personas, cosas o sucesos— que le fueran mostrando en concreto la ruta. (Esto contrastaba con mi actitud de hacer por momentos planes demasiado humanos, sin haberme detenido a reflexionar y ver lo suficiente cuál era la voluntad de Dios y sus manifestaciones concretas en la vida cotidiana).

Quizás lo más notable de la experiencia que me tocara vivir junto a él en aquellos meses de 1965 en Milwaukee, fue la cercanía de Dios. Pero no de un Dios idea, de un Dios juez o de un Dios lejano, sino de un Dios vivo, de un Dios Padre y de un Dios cercano (sin dejar por ello de ser un Dios de lejos). Algo muy difícil de expresar en palabras. Porque se trata de un misterio, de ese misterio "tremendo y fascinante" del que hablaba San Agustín, siempre antiguo y siempre nuevo. Al evocar aquellos meses en Milwaukee, los recuerdo en algo semejantes a la experiencia que uno hace cuando se halla solo en la playa, ante la inmensidad del mar.

Dentro de ese misterio, el Padre transmitía maravillosamente la persona y misión de la Virgen María. Cuando hablaba de ella se notaba su cercanía, era evidente que se estaba refiriendo a alguien con quien había dialogado toda su vida, a quien le debía todo, a quien amaba incondicionalmente. Cuanto decía de ella —cosas simples, muchas veces— llegaba al alma. El Padre tenía la costumbre de despedir a los que habían ido a visitarlo, dándoles su bendición en el Santuario de Holly Cross (Milwaukee). Encomendaba la persona a la Virgen y le daba su bendición

sacerdotal. Allí se respiraba una atmósfera de paraíso: familiaridad, respeto, alegría, paz.

En otra oportunidad, en el transcurso de una reunión, se refirió, de pasada, a los largos años de destierro que había tenido que sufrir en Milwaukee. En ese contexto dijo que jamás había dudado, un solo instante, en la victoria de la Santísima Virgen. Cito las palabras: "Mater perfectam habebit curam et victoriam" (La Madre tendrá perfecto cuidado y nos dará la victoria). Pronunció esta última palabra con tanta serenidad y convicción que se me quedó profundamente grabada.

Cabe recordar en este lugar otro episodio que me tocó vivir ya en Alemania. Desde 1966 estudiaba Teología en Munster, Westfalia. Un par de veces al año bajábamos a Schoenstatt. El 8 de julio de 1967 fuimos allá—por las magníficas autopistas alemanas—a fin de asistir a la ordenación sacerdotal de tres cohermanos de la comunidad. La ceremonia tuvo lugar en la Capilla de la Casa de Formación (Schulungsheim) del monte Schoenstatt. El Padre estuvo presente y habló al final de la Misa. Reiteradas veces había afirmado en su vida que el pensamiento central que le aseguraba una paz inalterable en todas las situaciones era el pensamiento de la Alianza. En la mañana de aquel 8 de julio también se refirió a ello. Recordó cómo los antiguos congregantes Marianos de Schoenstatt, al consagrarse a María, juraban a la bandera con la fórmula siguiente: "Esta es la bandera que elegí, no la he de dejar, se lo juro a María". El Padre explicó que por tener la Alianza un carácter mutuo, María también podía decir: Este es el instrumento que he elegido, no lo he de dejar, se lo juro a Dios. Y cuando María le juraba algo a Dios, la cosa iba en serio.

Al día siguiente tuve la suerte de ayudarle la Misa en el Santuario del monte Schoenstatt. Como era costumbre, terminada ésta lo acompañé hasta la sacristía. Luego de quitarse los ornamentos, me preguntó qué me había gustado de la ceremonia del día anterior. Le repliqué: Lo que habló Ud. sobre el carácter mutuo de la Alianza, el hecho de que María le jurara a Dios el no abandonar a su instrumento: "No lo he de dejar, se lo juro a Dios". En ese momento el Padre me indicó con la mano, poniendo su índice casi sobre mi pecho, y recalcándome que "ese" instrumento era yo; que así debía interpretar esas palabras...

En la introducción de este libro mencioné lo profundamente humano que es la vinculación a los muertos. Aún aquellos que descartan la realidad del más allá, del otro mundo, no pueden sustraerse a querer prolongarse, de alguna manera, más allá de la muerte. Pienso en los letreros que dicen: "El 'che' vive", "Hasta la victoria, siempre. . .". Recuerdo las colas interminables que esperaban pasar por la tumba de Lenin en la Plaza Roja de Moscú. O la multitud silenciosa que desfilaba junto a los héroes de la Unión Soviética, sepultados en la muralla rojiza del Kremlin. Pienso en los millones de hombres y mujeres que han desfilado junto a la llama eterna que acompaña los restos de John F. Kennedy, en el cementerio de Arlington (Washington). Pienso en la tumba de Charles de Gaulle en Colombey les deux Eglises, se está convirtiendo en un inusitado lugar de peregrinación. Si se

tiene presente esta tendencia profunda del hombre y de la humana naturaleza, entonces la tradicional y a menudo olvidada—doctrina de la "comunidad de los santos" recibe una nueva y poderosa luz.

El Padre Kentenich creía profundamente en la realidad global de la Iglesia, es decir, en la existencia de una indisoluble comunidad de destinos entre todos los cristianos, incluyendo los que aún viven en el más allá. Estos no solo viven de Dios sino también continúan su acción —de un modo nuevo, es verdad— en este mundo. Muchos años atrás, prisionero entonces en el campo de concentración de Dachau, afirmaba: "...y si la sabia Providencia de Dios nos envía de súbito el ángel de la muerte, para llevarnos al más allá, allí donde nos revelará sus planes divinos, entonces es nuestra esperanza, en estrecha unión con todos los nuestros en el cielo, poder significar más y trabajar aún más eficazmente por Schoenstatt que cuando estábamos aquí en la tierra" (8.12.1944). Con pleno derecho, por doctrina y por experiencia de vida, podemos afirmar: el Padre vive. Y quien vive, actúa. El Padre sigue actuando. Me atrevo a decir que lo hace con mayor eficacia aún que cuando vivía en este mundo. De ello den testimonio los incontables peregrinos que han pasado por su tumba. Los cientos de peticiones que le han sido dirigidas y han obtenido respuesta (unas hojitas que publica el "Secretariado Padre Kentenich" en Alemania lo atestiguan). Sé de muchas personas que han recurrido a su intercesión y han sido escuchadas. Personalmente he podido experimentar también, repetidas veces, su cercanía espiritual, protección y conducción.

Más de una vez vi firmar al Padre una estampita con la siguiente dedicatoria: "Tecum sum in aeternum" (Estoy contigo eternamente). Desde que dejara este mundo y regresara a Dios —pronto se cumplirán cuatro años de ello— la muerte ha perdido para mí algo de su dureza. Se me ha hecho mucho más vivo el que más que un termino es un comienzo, más que un fin el regreso, un volver a Dios. Y será un volver a ver, cara a cara, a aquel hombre, sacerdote, amigo y padre que tanto me acercara a Dios —y a los hombres—. Ahora comprendo mejor lo que quería decir al afirmar que la vida y la historia —tanto la personal como la del mundo— era, en lo más profundo, un volver a Dios, al Padre: "Heimwärts sum Vater jet der Weg" (El camino nos lleva de vuelta al Hogar, al Padre)

DESDE PARANÁ

MONS. ADOLFO TORTOLO
Arzobispo de Paraná

Paraná, Mayo 20 de 1972.

Querido Esteban:

Cuando me visitaste por Pascua te prometí enviarte una síntesis de las conversaciones que en Roma tuve con el Padre Kentenich en noviembre y diciembre de 1965. Esta carta contiene esa breve síntesis.

Desde la primera Sesión del Vaticano II quise conocer la situación real del P. Kentenich en los ámbitos de la Curia Romana, deseando contribuir, al menos con un insignificante aporte, a su rehabilitación canónica. Hablé entonces con el Cardenal Ottaviani, con S.E. Mons. Philippe, OP y con el P. Moeller, Superior General de los Pallottinos. Se me afirmó entonces que el asunto P. Kentenich era de exclusiva pertenencia del Santo Padre; mejor dicho de exclusiva incumbencia del Santo Padre. No había llegado aún la Hora de Dios, o la Hora de Dios seguía un ritmo muy distinto del nuestro.

Durante la última Sesión del Concilio sucedió el gran milagro. El P. Kentenich llegó a Roma desde Estados Unidos mediante un aviso misterioso aún. Fue entonces cuando conocí al P. Kentenich. Residíamos muy cerca el uno del otro. Por medio de un Pallottino chileno que acompañaba al P. Kentenich recibí el aviso que el P. Kentenich quería verme. Lo recibí tres veces en mi alojamiento, vía del Mascherone 55. Su primera palabra en su primera visita fue darme las gracias; rasgo de su acrisolada nobleza interior. Me aclaró que conocía mi vinculación con el Movimiento de Schoenstatt en Argentina, los dos Retiros predicados en Santa María (Brasil), y mis pobres gestiones por su liberación. No habló para nada de su pasado. Con admirable serenidad me habló de su dogma favorito: El Padre Celestial y su Divina Providencia. No eran conceptos; eran vivencias que colmaban todo su Espíritu. Me extrañó la fluidez de su latín.

Durante la segunda visita hablamos sobre el celibato sacerdotal. Confío encontrar en mis carpetas aquella conversación que yo mismo fui escribiendo a medida que él hablaba. Para él el celibato sacerdotal era consecuencia y exigencia de un amor total a Dios.

Recuerdo esta frase que entonces y aún hoy me ha hecho pensar mucho: "Quien no vive su filiación divina hacia el Padre Celestial, es un huérfano. Para éste el celibato le será siempre duro, difícil, imposible".

Durante la tercera visita hablamos de la Santísima Virgen y de su probable venida a nuestra Nación. Hablaba de la Argentina con gran entusiasmo.

Pocos días después dejó Roma y se trasladó a las afueras de Roma. Al clausurarse el Concilio fui allá para despedirme. Domingo 5 de diciembre por la mañana. Mañana fría pero radiante y luminosa. Al llegar yo el P. Kentenich acababa la celebración de la Santa Misa. Me recibió con un cariño y una delicadeza que, aún hoy, me abruma. Su rostro estaba más luminoso y más radiante que la mañana. Estaba junto a él la Madre Provincial de las Hermanas del Apostolado Católico a quien, tiempo atrás, había pedido tres Religiosas para la atención del Pre-Seminario. Al recordarle yo su negativa a la Madre Provincial, el P. Kentenich le dijo sonriente: a Monseñor no debe decirle no.

Luego me dijo que quería hacerme un obsequio, aún cuando nada poseía; le habían obsequiado en días anteriores un requeté. Lo pidió y me lo regaló lleno de gozo y de afecto. Mi sorpresa fue mayor aún cuando me dijo que quería regalarme una foto suya. Tú la has visto y has leído la hermosísima dedicatoria. Es una foto de gran tamaño, sacada creo en Estados Unidos, con sombrero y barba. La dedicatoria dice así:

"In gratiarum actionem pro benevolencia erga movimentum schonstattense. Mater perfectam habebit curam et victoriam. Illa est missionaries magnus patrandus máxima miracula in animabus. En gratitud por su benevolencia con el movimiento de Schoenstatt. La Madre tendrá perfecto cuidado y nos dará la victoria. Ella es la Gran Misionera, obrando los más grandes milagros en las almas. J. K. Roma, 5 XII. 1965".

Nos despedimos con un efusivo abrazo. Me pidió la bendición y nos separamos, pero sólo físicamente. Vivo entonces en la tierra, vivo ahora en el cielo, estamos unidos y nuestra unidad, por medio de María, es con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo. Tú lo sabes.

Te agradezco que me hayas pedido este testimonio. Lo doy ante Dios. Puede ser útil para fijar mejor ciertos rasgos de su vida. En su actitud para conmigo quiero ver simplemente esto: agradecer menos que un vaso de agua dado por amor. Y mostró con ello la admirable nobleza de su alma.

UN PADRE ANTE TODO

ALEJANDRO FOXLEY RIOSECO

chileno, economista, ex Ministro de Hacienda de Chile, casado, dos hijos.

Conocí al Padre José Kentenich en Milwaukee, Wiskonsin, entre los años 1963 a 1966. Yo estaba estudiando un doctorado en economía en la Universidad de Wiskonsin, Madison.

Lo vi unas cinco veces, en que viajamos a Milwaukee con el explícito objetivo de hablar con él, a celebrar con la comunidad de Schoenstatt allí diversas festividades durante el año. El participó en el bautizo de nuestro hijo Alejandro que nació en Madison y fue bautizado en el Santuario de Milwaukee.

Confirmé todo lo que había escuchado y leído de él. Un padre ante todo. Una figura luminosa que irradiaba paz, fuerza, humildad. Un santo. Un hombre superior y excepcional, sin duda. Ejercía una atracción magnética e irresistible sobre quienes se acercaban a él.

Él era el centro y corazón de la comunidad de Milwaukee, que vivía en torno a él y en función de él.

Las ideas-fuerza de su mensaje que a mi me marcaron y que considero muy relevantes para el Chile de hoy son dos: la del hombre que se integra a sí mismo a través de descubrir su tarea más propia, formulada como "el ideal personal". Y la idea del hombre-vinculado, que desarrolla armónicamente su "organismo de vinculaciones" expresión de la dimensión comunitaria y solidaria, como clave del hombre nuevo transformador. Estos dos elementos, como expresión de vida más que de concepciones intelectuales, constituyen una respuesta a fondo a los problemas del hombre contemporáneo.

EL PADRE... COMO YO LO CONOCÍ

BEATRICE AVALOS DAVIDSON,
chilena, profesora. Ph. D. Profesora del University College Cardiff- Galn, Gran Bretaña,
Profesora Visitante "Ontario Institute for Estudios in Education" Universidad de Toronto, Canadá

Conocí al Padre Kentenich por primera vez, al pasar éste por Chile en 1952. Yo acababa de entrar al Movimiento de Schoenstatt, a la juventud femenina y tuve ocasión de escuchar algunas conferencias que diera en ese momento para el Movimiento. Recuerdo que me impresionó su exterior tranquilo, agradable y al mismo tiempo imponente. Pero no pude apreciar más el contacto con él dado que no entendía alemán. En aquella ocasión él me firmó un recuerdo poniendo una frase que ya en ese momento me impresionó como síntesis de su fe en lo sobrenatural: "Ella (la Santísima Virgen) es la omnipotencia suplicante".

Más tarde volví a ver al Padre Kentenich en Estados Unidos. Yo estaba estudiando en St. Louis, y viajaba en tiempos de vacaciones a Wiskonsin, donde aprovechaba de ir con frecuencia al Santuario de Milwaukee y a la Parroquia alemana donde decía Misa el Padre, ya en este tiempo, sabía mucho más de Schoenstatt; había escrito mi tesis en Chile para el título de Profesora de Estado sobre la "pedagogía de vinculaciones en Schoenstatt", y había descubierto el mundo extraordinario pedagógico y religioso, de que el Padre Kentenich era inspirador. Mi impresión era la de un hombre genial, capaz de crear una obra de gran vitalidad como lo era el Movimiento de Schoenstatt y al mismo tiempo, capaz de elaborar una teoría que sospechaba tendría implicaciones inmensas para la formación de los hombres en un mundo de cambios trascendentales Sin embargo, no conocía al ser humano que se ocultaba tras esa genialidad de creador del movimiento y de elaborador de una teoría. Ese ser humano, lo conocí en Estados Unidos y es lo que más me impresionó de él. El Padre Kentenich era un hombre de extraordinario calor humano, acogía con solo mirar y sonreír. Muchos se acercaron a él, cargados con los problemas y dificultades de una infancia infeliz, un hogar destruido, un carácter retraído, con problemas psíquicos, con la soledad y abatimiento de quien vive en una sociedad de masas donde nadie se preocupa de

la persona. Para ellos el Padre Kentenich fue un padre acogedor, y al mismo tiempo educador. Los ayudó a salir de su miseria y también a saber buscar su camino, construir su vida.

Esa capacidad de atender a cada persona que llegaba hasta él -como si fuera la única- no era una capacidad natural. A través de su presencia paternal, se traslucía aún sin que él mencionara nada sobrenatural, la presencia de Dios. A través de él, se descubría el mundo maravilloso de una religión que es hogar, que es amor, en que el dolor y las dificultades tienen sentido, y en que la justicia fría, tajante entendida como castigo, desaparecía.

Lo extraordinario es que ese hombre que era el Padre Kentenich no estaba allí solamente como un consolador de afligidos, aún sabiendo que su acción estaba detenida por el momento por la Iglesia, a la que él quería sobre todas las cosas, sabía que era también un constructor; que había recibido de Dios una misión y que tenía que tener siempre presente que debía llevarla adelante. Lo que él hacía con los que podían acercársele, debían otros hacer con toda una humanidad, una sociedad víctima de la masificación, de la injusticia social, presa del egoísmo e incapaz de generar las condiciones naturales, para poder alcanzar a Dios. Así, en el destierro fue poniendo las bases a la acción de Schoenstatt para los años que vendrían.

Preguntarse si el Padre Kentenich es santo, es a mi modo de ver, preguntarse como entendía él la santidad. Para el Padre Kentenich hay santos cuya norma esencial de vida es lo extraordinario, el milagro; pero hay otros, cuya tarea es la de ser al máximo pequeños hijos del Padre Celestial, fieles, obedientes —santos de todos los días—, los llamó él, santos que se esfuerzan por hacer lo ordinario extraordinariamente bien.

Es posible pensar, que la vida del Padre Kentenich fue extraordinaria. Yo lo vi más tarde en Schoenstatt, cuando tenía más de 80 años, dedicando cada instante del día a una persona, o a una tarea de Schoenstatt. Nunca un minuto para sí mismo, nunca una expansión como la concebimos nosotros. Eso es en sí milagroso, extraordinario. Al hablar de Dios, era simpático y agradable y Dios se nos convertía en un Padre que hablaba nuestro lenguaje, nos reprochaba nuestras faltas con dolor; se reía cariñosamente con nuestras torpezas y balbuceos, nos estimulaba más a ser nosotros mismos, se congratulaba con nuestros éxitos. Por eso pienso que la santidad del Padre Kentenich no debe comprobarse por milagros en el clásico sentido de la palabra, aunque llegue a hacerlos; su santidad me parece que consiste en haber transparentado a través de la más natural y humana de las conductas, el amor paternal de Dios y el cuidado y la abnegación de María.

La conducta exterior del Padre como yo la conocí fue siempre intachable. En medio de esa extraordinaria humanidad, jamás le oí una queja contra quienes lo acusaban injustamente, al contrario, siempre había una explicación por la conducta inexplicable de alguien. Jamás hubo nada en su conducta que moviera a

pensar que no era adecuada. Jamás una referencia a si mismo en término de posibles problemas o dificultades personales. Todo esto, evidentemente no tiene explicación natural.

Frente a los sacerdotes de todo tipo, la actitud del Padre Kentenich fue siempre respetuosa, la actitud de un hermano entre hermanos, salvo cuando el sacerdote lo buscaba como padre. A los sacerdotes de Schoens'tatt el Padre Kentenich se dio fundamentalmente como Padre.

Frente a otros religiosos (hombres y mujeres) podía notarse el mismo respeto. Si había que hacer notar algún defecto, se hacía en términos educativos y no de otra manera.

Frente a las comunidades femeninas en Schoenstatt, el Padre Kentenich tuvo tal vez un don que muy pocas personas tienen, saber despertar todas las facultades de amor filial escondido en el alma de la mujer para convertirla en un gran amor filial a él y en él al Padre Dios. Muchas mujeres, heridas por la vida, esconden su capacidad de amar y se malogran por eso como mujeres. El Padre supo hacer renacer la fe en un amor puro y limpio que al darse generosamente a los seres humanos, se da también a Dios. Al mismo tiempo, supo amar a cada una como si fuera la única, indicando como en un espejo, lo que puede ser en plenitud el amor de Dios a los hombres.

Frente a los niños el Padre Kentenich era simplemente padre y ellos lo adoraban como tal. Casi no conozco a nadie estudiante, profesional, obrero, trabajador, que se haya acercado al Padre y no se haya sentido cambiado y feliz interiormente.

A muchas personas interiormente coaccionadas, el encuentro con el Padre Kentenich significó definitivamente la liberación interior. Recuerdo de una de ellas, acosada por una formación religiosa de miedo y obligación, formación que destruía su vida, que descubrió a través del Padre Kentenich el mundo de la libertad, libertad que debía llevarla hasta dejar la práctica religiosa, pero que significó el descubrimiento definitivo de Dios como Padre y como Amor.

En resumen, pienso que en una época como la de hoy, los hechos extraordinarios si bien son importantes permanecen irrelevantes para la gran mayoría de los hombres.

La santidad del Padre Kentenich, si alguna vez le es reconocida, consistió en un actuar de Dios extraordinario sobre la conducta de un hombre, acentuando al grado máximo todas las condiciones y valores propios del hombre, de manera que éste pudiera ayudar a ser signo de Dios para los hombres que buscan desesperadamente la encarnación de esos valores. Por eso no creo que interesen los milagros físicos, las curaciones y cosas de ese estilo. Interesa el milagro vivido durante toda una vida, de la presencia de Dios en el actuar ordinario de un hombre, que se esforzó por ser siempre extraordinariamente fiel y por cumplir el mandato del Señor: "Mirad los signos de los tiempos". La prueba más palpable,

exterior de esta verdad, es la fecundidad de la obra que fundó: Schoenstatt. "Por sus frutos los conoceréis".

EL PADRE FUNDADOR

ERNESTO LIVACIC G., chileno,
Profesor de Literatura en la Universidad Católica de Chile.
Ex-Subsecretario de Educación de Chile. Colaborador del Depto. de Educación del CELAM.
Padre de 7 hijos

Tuve dos veces la dicha de estar con el Padre Fundador en Schoenstatt: la primera, durante una hora, el 15 de Noviembre de 1966, víspera de su 81 cumpleaños; la segunda, durante casi el triple de tiempo, comiendo con él, el 10 de diciembre del año siguiente.

Me resulta casi imposible trazar una semblanza rápida de su rica personalidad. Era, en primer término, un preclaro ejemplar humano, aún desde el punto de vista natural. En ambos casos, nos vimos en invierno y de noche, hacia el final de jornadas que habían sido pesadísimas para él. Sin embargo, se veía entero, ágil, enhiesto, lozano. En 1966, vestía, incluso, una delgada sotana, sin mayor abrigo.

Sus intereses e inquietudes eran variadísimos. Me hizo incontables preguntas sobre la educación en Chile (mi campo de trabajo), sobre las actividades de UNESCO (a reuniones de la cual yo estaba asistiendo en París), sobre el Movimiento y la Rama Familiar en Chile, sobre la situación general de nuestro país. Estaba al día en cuanto pensamiento o libro importante de actualidad estuviera en circulación. A mis preguntas respondió con una seguridad, profundidad y acierto admirables.

Su amabilidad era subyugante, por su fuerza y por su espontaneidad. Cuando el año 66, junto con el P. Humberto —nuestro impagable intérprete—, lo aguardaba en la salita de espera durante breves minutos, esperaba con impaciencia que llegara el instante en que alguien viniese a anunciarnos que podíamos pasar a verlo. Cual no sería mi asombro al sentirlo entrar personalmente, con una sonrisa a flor de labios, con sus manos extendidas en saludo cordial. Lo que imaginé una entrevista breve, dado su cansancio del día y sus múltiples responsabilidades, se alargó mucho más de lo por mi previsto, y al final lamentó que yo hubiese ido a Schoenstatt sólo por un día y que no hubiésemos podido seguir conversando. Me invitó a volver, con más tiempo otra vez. Antes de despedirme, pasó a la salita contigua y me trajo unos regalos: unos rosarios. "Esto es para el alma" y luego, "y esto es para el cuerpo" . . . una botella de vino del Rin. Nos tomamos algunas fotografías y luego me acompañó hasta la puerta, su brazo en ademán de saludo largo, largo rato, hasta que desapareció de su vista el automóvil que me llevaría a la estación ferroviaria de Koblenz.

La segunda vez, su amabilidad fue aún más patente, acaso no sólo porque ya me conocía (me recibió con un "Buenas noches, querido profesor") sino porque esa misma mañana, en Schoenstatt, había yo recibido la noticia del feliz nacimiento de nuestro séptimo hijo, Pablo Esteban. Por eso al ya transcrito saludo, agregó: "Y felicitaciones por Pablo Séptimo". Expresiones como éstas, cargadas de fineza y humor, eran muy habituales en él. Por cierto, esta vez hubo de nuevo regalos y entre ellos incluyó tres pequeños autitos para Pablo Esteban, privilegio que no muchos niños podrán disputarle. Me pidió que me sintiera su invitado y no pagara mi hospedaje en Schoenstatt. Me volvió a invitar para que continuáramos conversando. Durante toda la comida había estado preocupado de que me sirviera a gusto y en abundancia. A pesar de que a una pregunta mía, anunció que vendría a Chile, una voz interior me sugirió el pedirle su bendición. Fue la última, nunca más lo volvería a ver.

Su amabilidad y su humor no le privaban de ser enérgico en proclamar la verdad y directo en el uso del lenguaje, cuando lo creía conveniente. En nuestra segunda conversación hizo ver con energía la necesidad de que, incluso dentro de la Iglesia, se ponga atajo al relativismo frente a los valores, a la tendencia a creer que no hay valores permanentes, sino que éstos son propios de cada cultura y cambian con ellos. El ejemplo con que ilustró su posición fue que el cuerpo, según la filosofía tomista, de acuerdo con su función individualiza y sexúa el alma. La estructura corporal es permanente. Ello revela que hay valores permanentes del hombre y valores permanentes de la mujer. Los órganos sexuales primarios de ésta, simbolizan la receptividad; los secundarios, el acogimiento, la receptividad.

Era, ciertamente, un pedagogo excepcional. Su interlocutor se sentía la persona más importante del mundo, centro absoluto de su atención e interés. Preguntaba con verdadero afán de diálogo, escuchaba con el más auténtico sentido de la palabra. Respetaba, confiaba, se auto educaba.

Muchos hombres importantes he podido conocer. Ninguno ha dejado en mí la profunda impresión y la imborrable huella que él.

A su través, se sentía nítidamente a Dios. La riqueza de su personalidad estribaba en la fuerza y claridad con que se sentía hijo e instrumento de él. Por eso lo proyectaba como un transparente y lo reencarnaba en su propia paternidad.

Su relación personal con la Divinidad se traducía en una encarnación concreta y realista. Como aspectos centrales del papel de la Obra Familiar, me señaló el ser alma de la nueva cultura, servidora de la Iglesia y forjadora del auténtico orden social cristiano.

Pensaba que las estructuras y los movimientos tradicionales del apostolado han fallado. La solución: que se reconozca a la familia su función primaria, anterior a la del Estado y a la de la propia Iglesia. EL padre y la madre deben recuperar la plenitud de su función educadora. EL ejemplo que en este sentido demos, será un

paso insustituible hacia una verdadera transformación de la sociedad. La experiencia de muchos jóvenes que abandonan la fe recibida en la educación escolar, prueba que la única garantía sólida de la educación, es la de la Familia.

Podría seguir citando, casi en forma infinita, sus densas y oportunas directivas. No es, ciertamente, el momento ni el lugar de hacerlo. Pero no puedo dejar de subrayar que todo en él —actitud personal, disposición al diálogo, gestos, voz, sonrisa, vida—era plenamente consecuente con lo que pensaba y sentía. Educaba, más que con las palabras, con su personalidad religada, de hombre de Dios, de santo. Transmitía, generosamente y con naturalidad, el Espíritu de Dios que lo llenaba.

MI PRIMER ENCUENTRO CON EL PADRE..

P. ALBERTO ERONTI, argentino.

Cursó sus estudios de Teología en Madrid.

Superior de los Padres de Schoenstatt de la Delegación del Plata desde 1976 a 1981.

Asesor del Movimiento de Schoenstatt en Córdoba.

Fue el 9 de Mayo de 1966, en una mañana tranquila, allá en Berg - Schoenstatt. La víspera había sido dolorosa, todos los intentos por ver al Padre recibían la misma respuesta: "Está muy ocupado, es imposible". Pero, ¿es que después de haber hecho miles de kilómetros desde mi América Latina no podría estrechar su mano, oír su voz ni transmitirle todo lo que traía para él?

Aquel día 9 subí con Pedro hasta el Monte: sería el último intento, ya que a medio día debía partir para Munster. Llegamos a la casa de formación y vimos que el Padre se recortaba algo confuso contra una ventana, estaba vuelto de espaldas y hablaba a un grupo de Hermanas. Esperamos... y rezábamos: "Confío en tu poder..." De repente vimos que las Hermanas se levantaban y la silueta del Padre desaparecía. Pedro me dijo: "Vamos" y entramos a "paso de carga" a la casa de formación. Las Hermanas de la portería no atinaron a detenernos y cuando reaccionaron... el Padre estaba allí. Nos miró, venía rodeado de Hermanas (entre ellas la Hermana M. Heriberta, Superior General en aquel entonces), se paró y les dijo: "Un momento". Avanzó hacia nosotros y dirigiéndose a mí dijo en latín "Resucitaste de entre los muertos! ¡Dios te salve, María!" Tomó mis manos entre las suyas y siguió hablando en alemán, ya no entendí nada. Para mí había una certeza y una alegría: estaba con el Padre, estrechaba mis manos y, sin haberme presentado, y él sabía quien era yo. ¡El Padre me conocía!

Pasamos luego a una salita pequeña. El Padre me hizo una serie de preguntas. Pedro actuaba de traductor (a mí me importaba poco lo que traducía Pedro: ¡yo estaba CON EL PADRE!. Recuerdo que me preguntó por mi salud (yo había

tenido una grave operación), cómo había sido mi viaje, si había descansado bien y si las Hermanas me cuidaban, luego quiso saber de la Familia (su Familia, sus hijos) en Argentina.

Luego preguntó por mis padres, por mi familia. Fue corriendo el tiempo, le dije de mi alegría y mis anhelos, asintió, se rió, me miraba con ternura. Me dejó regalos, fotos, chocolates, etc. etc. Cuando me despedía de él me di cuenta que el "momento" se había transformado en casi 45 minutos y que las Hermanas seguían esperándole paradas delante de la salita. Agitó su mano hasta que desapareció. Pedro y yo caminamos en silencio un largo rato, Al fin le dije: "Pedro, ¡qué cerca estaba Dios! Pensaba: si así es nuestro Padre, ¿cómo será Dios? Lentamente fui sacando a luz lo que había vivido en casi 45 minutos, eran muchas cosas, una cantidad de sentimientos, pero por sobre todo una certeza: el Padre me conoce, sabe quien soy, me llamó "por mi nombre"... ¡YO ESTOY EN SU CORAZÓN!

Fue un 9 de Mayo allá en Schoenstatt. Aquel día comprendí la alegría de ser hijo, el gozo de tener un Padre. Un Padre que me conoce, que por eso comprende, espera, goza, está cerca... Así y mucho más es Dios.

UN HOMBRE DE DIOS

D. JAIME OCHAGAVIA, chileno.

Completó sus estudios de Teología en la Facultad de Teología Católica de la Universidad de Munster (Alemania). Actualmente es Asesor del Movimiento de Schoenstatt en Concepción, Chile.

EL Padre es una persona que ha marcado profundamente mi vida. En primer lugar, antes de conocerlo directamente en persona, sentí a partir de 1964 un entendimiento profundo y total por su obra, su visión y su respuesta. En esa época me pregunté: ¿Quién es este hombre que toca tan fuertemente mi vida, que me estremece interiormente, que me renueva y hace vibrar por los ideales más altos? Movidio por este profundo entusiasmo estudié con mucho interés alemán, escuché testimonios sobre su vida y actuar, que me significaron mucho.

En 1966 llegué a Alemania y tuve la alegría de saludarlo y escucharlo. La impresión más fuerte fue la de estar delante de un hombre que vive enteramente en Dios, en el mundo sobrenatural. Yo nunca había escuchado hablar de Dios como él lo hizo. El Dios vivo era para él una realidad tan cercana y real que uno sentía el impacto de la presencia real de Dios en un hombre y a través de su persona. En este sentido, en una conferencia que dio a la Familia en Schoenstatt, se refirió a ese Dios vivo y presente. Sus palabras me impresionaron y me quedaron dando vueltas durante meses. Hablaba del Dios presente y en forma muy especial decía: "arriba Tú, abajo Tú, adelante Tú, detrás Tú, Tú, Tú, Tú, Tú". Días después caminaba por los pasillos de la Facultad de Teología en Munster y sus palabras volvían a mi corazón con insistencia. Sentí que era lo más importante

y lo que más me había querido decir Dios a través de su persona. En esa misma conferencia hablando del Dios vivo y presente citó un texto de San Vicente Pallotti. Pallotti se distinguió como el santo del amor infinito, del infinitismo en todas direcciones. Dios fue todo para él. El Padre trajo a colación un texto del santo en el que destacaba, por encima de todo, la grandeza e importancia de Dios para su vida, al afirmar: "No el alimento, sino Dios; no la bebida, sino Dios; no el vestido, sino Dios..." Marcaba así, a través de varias comparaciones, la supremacía absoluta de Dios. Estas palabras me impresionaron y durante meses las tuve presente y junto a las anteriores constituyen y expresan de un modo adecuado el mensaje fundamental que recibí del Padre Fundador. El Padre como una persona que encarna de una manera especialísima a Dios y el mundo sobrenatural, que lo hace cercano, inmediato, próximo y que me invita a vivir en intimidad con el Dios vivo y presente.

Un segundo punto que quisiera señalar en su persona es su conciencia de misión. El Padre se me presentó como un enviado de Dios, que a su vez envía. La primera vez que nos acercamos un grupo de estudiantes de distintos países a saludarlo —en marzo de 1966— ya desde lejos nos recibió con estas palabras: "Id e incendiad el mundo". Esas fueron sus palabras. Un hombre de Dios, un hombre enviado por Dios, un hombre con una misión especialísima para el tiempo. Un hombre que invita a participar en esa misión inmensa que abarca todo el mundo. Yo sentía el peso de sus palabras e instintivamente reaccioné mirando hacia el lado como si hubieran sido dichas para mis vecinos. Me costó sentirme llamado a una misión universal. En la medida en que me fui adentrando en su respuesta y misión comprendí que estaba ante un profeta enviado por Dios para siglos, consciente de la magnitud de su tarea y responsabilidad.

He hablado del Padre Fundador como un hombre de Dios, como un hombre portador de una misión universal. En tercer lugar quisiera referirme al Padre como una persona cercana a la vida y a las necesidades de cada una de las personas que Dios le había confiado. En una oportunidad le escribí una carta planteándole una necesidad y varias preguntas. Se trataba de algo que me tocaba y que también afectaba a otras personas. Su reacción fue inmediata, valorizando al máximo el sentido de mi pregunta y necesidad, de manera realmente admirable. Pareció que en ese momento mi pregunta era lo único que tenía que resolver (yo estaba bien seguro de la inmensidad de asuntos que permanentemente lo ocupaban). Esto me hizo reconocerlo como un Padre preocupado por cada cosa y que deja todo de lado ante la necesidad de una persona.

Podría decir otras cosas sobre el Padre y el mensaje que me transmitió con su persona. Pero me limito a estos tres puntos: un hombre de Dios con una misión universal, que invita a participar en ella y un Padre cercano a las necesidades de cada uno de los que le han sido confiados.

TENÍA UN PADRE QUE ME QUERÍA

DOMINGA GONZÁLEZ, Portorriqueña,
New York, U.S.A.

Yo, Dominga González, a la edad de 45 años, tuve mi encuentro con el Padre José Kentenich. EL Padre paseaba por el Santuario. La Hermana W. me llamó. Yo corrí y vi al Padre. El me dijo: "Otra hija más". Yo sentí como que algo me abrió. Fue el corazón del Padre el que se abrió para tomar el mío.

Desde ese momento me sentí llena de amor porque verdaderamente tenía un padre que me quería. Cuando hablé con él me entregó algo que tenía esencia y mirra y me dijo: "Nada te faltará". Y es verdad, nada me ha faltado. Vivo mi Alianza de amor con la Mater, el Padre y la Familia y me siento una schoenstattiana feliz.

EL ES MI PADRE

RICHARD FENELON, norteamericano,
padre de 12 hijos. Reside en Milwaukee, U.S.A.

Lo que más siento en relación al Padre es que él es, de modo muy personal, 'mi' padre. Esta impresión domina y tiene todas mis vivencias del pasado. Pero también en el presente de cada día él sigue actuando de manera vital y real. Llevo en mi, hondamente grabada, la imagen de la entrada de la "casa de mi padre", en la parroquia de los Padres Pallottinos en Holly Cross. Aquí vivía, a la vera del camino que conduce desde Blue Mount Road hasta la Iglesia y el Santuario, cuando lo conocí. Recuerdo las dos ventanas y los escalones de piedra que llevaban a las habitaciones de los Padres. Pasando la puerta, bajo la escalera y doblando hacia la izquierda, uno entraba en su cuarto.

Cuando solía golpear la puerta, un suave: ¿"sí"? me respondía desde adentro. A menudo alguien me abría la puerta pues recibía muchas visitas. Y sus ojos bondadosos, fuertes, me miraban hondamente. A veces solía esperar fuera de la puerta, conversando con alguna visita. A veces esperaba solo.

En cierta oportunidad llevé varios de mis hijos a visitarlo. El Padre saludó a cada uno personalmente e hizo bromas con todos nosotros. Luego salió del cuarto y regresó de la cocina con un poco de comida (algo parecido a pan o pizza) y se lo dio a los niños. Salió de nuevo y volvió con más cosas para los niños, escondiendo algunas bajo la sotana (frutas, que invitaba a los niños a tomar; dulces; alguna cosa que ponía encima de la cabeza de uno de ellos diciéndole que adivinara que era). Por fuera su cuarto era de ladrillos grises, dos ventanas, una escalera. Adentro encontraba calor, madera, otro, libros. . . y mi padre.

Tenía tantos regalos lindos en su cuarto. Sus hijos le hacían llegar regalos de oro: coronas, cruces, cálices —símbolos religiosos tan preciosos—. Le regalaban madera —muchos pequeños Santuarios tallados—. Le regalaban cosas para comer: pan, tortas, masitas. Le regalaban lindos cuadros: del Santuario, de niños felices, de Hermanas, de la Stma. Virgen. Y el Padre regalaba todo a sus hijos que iban a verlo. Simplemente regalaba todo.

Me había dicho que cuando quisiera hablar con él lo llamara simplemente. Y cuando quería confesarme, pedía verlo. Normalmente lo hacía los domingos, antes de que partiera a Misa en Saint Michael (lo veía a pesar de saberlo ocupado preparando su plática— en verdad, siempre estaba ocupado—. Fue siempre un confesor bondadoso. Era paciente, comprendía, pero sobre todo era bondadoso. Y la experiencia más linda que recuerdo fue una confesión que escuchó en un oscuro confesionario en la parroquia (cuando ya no pude ir más a su cuarto). Allí experimente toda su bondad, el hecho de que me acogiera en su corazón y me perdonara. Sabía entonces quien era mi padre.

SU CAPACIDAD DE COMUNICARSE

MARY FENELON, norteamericana,
Milwaukee, U.S.A., madre de 12 hijos.

Quizás lo que más recuerdo del Padre es su capacidad de comunicarse. Hablaba de tal manera que todos los que lo escuchaban —los tipos más variados de intelecto— podían comprenderlo. Recuerdo haber regresado a casa muchas veces luego de haberlo escuchado, diciéndome: "Si, lo que ha dicho es verdad". No era la primera vez que oía esas verdades, pero el Padre las decía tan bello y simplemente que ahora dejaban huellas profundas en mi alma. Me imagino que todos han experimentado de alguna manera su calor personal. A veces, mientras caminaba y meditaba por el camino que pasa junto al Santuario de Holly Cross, solía llegarme hasta él. Me tomaba de la mano y preguntaba: "¿Es Ud feliz?". En esas circunstancias, no importa cuánto pudiera estar sufriendo, la única respuesta era: "Sí Padre, soy feliz". En esos momentos me sentía como una hija del Padre Dios (y también de nuestro Padre)

¡Que comprensivo era el Padre! En una oportunidad me dijo que sabía cuán atareada debía de estar con mi Familia y qué difícil se me haría llegar a verlo. Pero —añadió—si alguna vez sentía la necesidad de hablar con él, que lo llamara simplemente por teléfono y estaría pronto a escucharme.

Le pregunté a Jean Marie, nuestra hija de 13 años, si guardaba algún recuerdo del Padre. Lo primero que le vino a la memoria fue cuando ella y otros niños de nuestra familia visitaban al Padre en su cuarto y el Padre iba a buscarles algún dulce. Estando a punto de tomarlo de su mano, el Padre se los colocaba, jugando,

más alto, fuera de su alcance. El Padre sabía como llegar aún hasta los corazones más jóvenes.

SIENTO CONTINUAMENTE SU PRESENCIA EN MI VIDA

JESÚS MARÍA PAGAN, portorriqueño,
Representante médico.

Conocí personalmente al Padre José Kentenich, Fundador de la Familia de Schoenstatt, en Milwaukee, Wiskonsin. Nuestro primer encuentro fue una fresca mañana de otoño. Ocurrió frente a un hermoso Santuario de la Madre y Reina Tres Veces Admirable de Schoenstatt ubicado en un parque cerca de la casa donde el Padre vivió 14 años en el exilio en los Estados Unidos de América.

Había oído hablar mucho de él al Padre Juan Sartor, que fue quien nos introdujo, a mi esposa y a mí, en la historia y Espiritualidad de Schoenstatt. Esperaba encontrar en la persona del Padre Kentenich un sacerdote santo y sabio, marcado por el dolor y llevando en su persona las huellas del sufrimiento, pero jamás pensé que su persona y su mensaje fueran determinantes en mi vida.

Su figura profética y paternal, de hombre de Dios arraigado en el más allá, nos impresionó profundamente, cuando pudimos dialogar con él unos minutos antes de la Santa Misa que celebraría en la Iglesia de San Miguel (en la ciudad de Milwaukee).

Durante la Misa me pregunté varias veces: ¿Es grande el Padre o lo hacemos grande sus hijos? Esa pregunta encontró respuesta en los días y años por venir.

En esa ocasión estuvimos varios días de visita en Milwaukee. Tanto mi esposa como yo, hablamos largamente con el Padre, y en varias ocasiones ambos juntos con él. Cada encuentro con él fue revelador.

Lo que más me impresionó durante esa primera visita fue que siendo un hombre de Dios, arraigado en el mundo sobrenatural, nada humano le era extraño y se mantenía abierto a todo lo que fuera manifestación de la vida.

Durante mis años de estudiante estuve íntimamente ligado a movimientos estudiantiles en la Universidad de Puerto Rico y como todo joven de América Latina, ardía dentro de todo mi ser un ansia de renovación, transformación y redención de este continente continuamente conmovido por luchas, por hambre, por revolución y guerra. Conté al Padre todas mis aventuras e inquietudes en este aspecto y todo lo comprendió de una manera extraordinaria. Nada le extrañó y hoy comprendo que su personalidad de educador carismático era algo que rebasaba los límites.

Él me orientó sabiamente, sin meter en mi persona ninguna de aquellas inquietudes, aquel amor por América Latina y sobre todo aquel deseo por la aventura y el riesgo en busca de la solución a los problemas de nuestros pueblos.

Mi gran admiración por el Padre encontró su punto culminante cuando le dijimos que queríamos consagrarnos a la Mater y su obra, y el personalmente nos entregó una Cruz de misioneros en el Santuario nombrándonos misioneros para América Latina. No podía comprender su "excesiva confianza" en alguien a quien apenas conocía y que no sabía a ciencia cierta qué frutos podría dar. Esa primera visita al Padre determinó para siempre el rumbo de nuestras vidas.

Salimos de Milwaukee seguros de haber encontrado un rumbo definitivo para nuestras vidas y dispuestos a volver a visitar al Padre. Habíamos encontrado en la persona del Padre Kentenich no sólo lo que esperábamos, sino más importante aún, lo que aspirábamos para nosotros mismos.

Volvimos a Milwaukee unos meses después para establecer allí nuestra residencia y estar cerca del Fundador de la Familia, aprovechándonos de su persona, su espíritu, su mensaje y sobre todo para beber de la riqueza de su corazón en la misma fuente. Esta gracia, la de haber podido estar cerca de él, haber vivido a su lado, oído sus charlas, seguido sus huellas y servirle continuamente no se puede expresar en palabras. La única manera de expresar la gratitud sería consumiendo la vida por su obra. Estuvimos varios años a su lado. Lo observamos en su incansable trabajo de día y de noche. Fuimos testigos de su paternidad sin límites, clara transparencia de la paternidad de Dios. Le vimos sufrir sin desmayar y sobre todo fuimos testigos de su fe extraordinaria en el poder y la bondad de Dios y de la Madre y Reina Tres Veces Admirable de Schoenstatt.

En muchos de sus momentos "oscuros" cuando la barca de la Familia parecía perecer y los que estábamos a su alrededor nos atemorizábamos, el Padre se nos mostró como un héroe de fe práctica. Él sabía y transmitía continuamente la seguridad de que la obra de la Madre y Reina no perecería. Él fue un hombre que creyó y espero muchas veces contra toda esperanza.

Le vimos partir de Milwaukee rumbo a Roma. Vivimos espiritualmente con él los días difíciles de 1965 en la Ciudad Eterna y luego nos regocijamos de su victoria y de la realización del Milagro de la Noche Buena.

En 1967 pude visitarle por última vez en Schoenstatt y estar varios días con él. Le ayudé en la Santa Misa en el Santuario del Monte Schoenstatt y le visité frecuentemente durante esos días, en las diferentes casas donde residía debido a sus compromisos con los Institutos por él fundados. Cada encuentro con el Padre Kentenich fue revelador y sobre todo una irrupción de lo divino en mi vida.

Hoy, después de su partida al Schoenstatt eterno, siento continuamente su presencia en mi vida, como padre de Familia y como apóstol seglar comprometido con la Iglesia y con la historia de nuestro Continente. Estoy seguro de que el

Padre desde el cielo continuamente me inspira y me orienta en mis aventuras por el Reino Mariano de Cristo en la tierra. Sigo creyendo en los mismos cambios y transformaciones necesarios para América, que creía cuando entré en la Familia de Schoenstatt, pero los busco con el Padre por caminos muy diferentes. Estoy seguro de que, lo mismo que yo, muchos otros jóvenes encontrarán la respuesta a las inquietudes de su vida en la persona y el mensaje del Padre Kentenich y la MTA. Sobre todo, con el Padre Kentenich "creo firmemente que nunca perecerá quien permanezca fiel a la Alianza de Amor".

NO SENTÍA EVIDENTE LA CONFIANZA QUE LE HABÍA REGALADO

P. CHRISTIAN CHRISTENSEN, chileno.

Cursó sus estudios de Teología en la Facultad de Teología Católica de la Universidad de Munster, Alemania.

Actualmente es asesor de Juventud del Movimiento de Schoenstatt en Santiago, Chile.

Al estudiar en Europa tuve la oportunidad de conocer al P. Kentenich y apreciar más de cerca lo que él era y significaba para las personas con quienes él estaba. De los varios encuentros que tuve con él, hay uno que se me grabó especialmente.

Del 22 al 25 de Agosto de 1967 el Padre fue a darnos retiro a la comunidad de estudiantes en Munster. Vivió con nosotros esos días, nos escuchó, nos orientó, se nos dio como padre. Cada uno tuvo la oportunidad de conversar personalmente con él. Para ello disponíamos de una media hora. Calculé que esta oportunidad no la volvería a tener muy luego y pensé qué cosa podría conversar con él. El Padre había sido la persona que me había mostrado a Dios, me había encaminado a la Alianza, había dado a mi vida una nueva orientación. Sobre todo me había hecho personal el mundo de Dios. Decidí entonces contarle de mi vida, cómo Dios y la Mater habían estado presentes en ella, cómo había sido el camino de amor que Dios había tenido para conmigo. Sabía además de la importancia que el Padre le daba a la historia tanto personal como comunitaria. Eso sería también para él una alegría.

Cuando estuve con él le conté largo de lo que había sido mi vida, a medida que iba hablando como que nuevas cosas iban saliendo. El Padre me oía, a veces cerraba los ojos; tenía las manos juntas. Cuando terminé de hablar y antes de hacerme un comentario o de aconsejarme algo, lo primero que me dijo fue: "Muchas gracias" y esto lo repitió. De corazón lo decía, era la persona que no sentía evidente la confianza que yo le había regalado. Me dio las gracias porque yo le había participado algo personal; él recibía esto, se sabía esto, se sabía una persona que estaba sólo para encaminar a Dios y a la Mater, se sabía también como alguien admirando lo que Dios había hecho en uno de los hijos de la Familia. Más que otras veces lo sentí como un puente entre yo y todo el mundo

sobrenatural. Sentí la grandeza de esa alma que estaba para recibir a los demás y ayudarlos en la medida que él podía. Esa actitud de agradecimiento y de respeto quedó grabada con fuerza en mi recuerdo sacerdotal del Padre.

UNO ENTRE SUS HERMANOS DE COMUNIDAD

P. BENJAMÍN PEREIRA, chileno

doctor en Teología, profesor de Teología en la Facultad de Teología de la Universidad Católica de Santiago de Chile. Rector del Seminario Pontificio de Santiago.

Conocí al Padre Kentenich como joven sacerdote y después de varios años de pertenencia a la Familia de Schoenstatt. Durante mis años de estudiante, al pensar en el Padre, me había acostumbrado a mirar "hacia arriba" y considerarlo como el gran Fundador y Padre del Movimiento de Schoenstatt. Con esa misma actitud partí a Milwaukee a fin de conocerlo personalmente. Grande fue mi sorpresa al encontrarme con alguien tan cercano, con un sacerdote que, a pesar de la gran diferencia de edad, experiencia e importancia que nos separaba, buscaba el trato de un hermano en el sacerdocio de Cristo. Esta impresión, en lugar de disminuir, fue aumentando con el correr del tiempo, a medida que más lo conocía. Si al terminar una conversación le pedía su bendición, después de dármele se arrodillaba para recibir la mía (esto ocurría con cada sacerdote que le pedía la bendición).

Cuando le llevaba algún problema para resolver, en primer lugar pedía mi opinión al respecto y recién después me daba la suya, trayendo casi siempre a colación alguna experiencia de su vida sacerdotal. Varias veces me repitió que lo que más le dolía al pensar en su muerte era el hecho de tener que llevarse consigo la rica experiencia sacerdotal que Dios le había regalado en su larga vida. En casi todas nuestras conversaciones tenía la impresión de que quería transmitir el máximo del caudal de su experiencia, pensada y valorada según Dios. Varias veces me tocó verle pedir a un sacerdote que predicara. Lo hacía no por curiosidad ni para criticarlo, sino para escuchar la palabra de Dios que él hablaba, para enriquecerse personalmente. Una vez me tocó hablar a solas con él después de haber dicho en público unas palabras de agradecimiento a una persona importante en la Familia. Comentando sus palabras me agregó: "Lo que he hecho con X, lo puedo hacer con cada miembro de la Familia. A usted mismo le podría decir aquí lo que le debo: todos somos fundadores de Schoenstatt". Me tocó convivir con él en Milwaukee, lugar de su destierro en los Estados Unidos, un tiempo relativamente largo. Como es de suponer, las circunstancias externas no le eran favorables. Pero se adaptó a la vida comunitaria sin buscar privilegios especiales. En la mesa se preocupaba siempre de lo que otros necesitaban. Se adaptaba a los temas que los demás traían y participaba activamente en ellos, aunque fueran sin trascendencia alguna. Todo era importante para él. Se preocupaba de los padres

de la comunidad, de su salud, de sus intereses. Posiblemente sabía más de cada uno que cualquiera de los miembros de la casa, aunque muchos lo trataban con indiferencia era uno entre sus hermanos de comunidad, de una manera simple y sencilla. Quizás en esta misma simplicidad consistió su grandeza; fue así como nos reveló el mundo del cual dependía tan radicalmente. El mundo de Dios era para el algo natural, hablaba de la Virgen como si estuviera presente en ese momento, no era algo postizo en él. No existían en él personalidades diversas: su persona era única y transparente. Quizás sea por esto que a veces nos cuesta tanto comprenderlo.

SU DELICADEZA Y FINO HUMOR

RODOLFO VILLALÓN, chileno, ingeniero civil.

Cursó estudios de especialización en U.S.A., en universidades de Delaware y Kentucky (1955 a 1961). Todos los años visitaba al P. Kentenich en Milwaukee. Padre de 8 hijos.

Era el último día en Milwaukee para las cuatro futuras novicias de las Hermanas Marianas. Esa tarde partían a Madison a iniciar su Noviciado. ¡Qué ganas de estar con el Padre y que él les diera una plática de despedida! Pero sabían que eso era imposible porque tenía prohibición de hacerlo. Pero al menos tendrían ocasión de verlo porque habían conseguido que él fuera al Santuario: pocos minutos antes de la partida ellas estarían allí esperándolo y al menos podrían rezar juntos a la Mater en ese día tan importante para ellas. Y también era un día importante para el Padre pues ese día cuatro pequeñas Marías ingresaban al Instituto regalón.

Por uno de esos regalos de la Mater tuve oportunidad de estar en el Santuario cuando esto ocurría. Las futuras novicias rezaban, silenciosamente, mientras lo esperaban. Puntualmente entró al Santuario y se arrodilló frente al altar. No dijo nada en voz alta, pero las novicias y yo sentíamos la poderosa súplica que el Padre hacía a la Mater por cada una de ellas. Fue una plática silenciosa en la que hablaban los corazones: el de la Mater, el del Padre, el de las novicias y . . . el mío, que sin imaginarlo presenciaba ese maravilloso encuentro de corazones. Después se levantó y volviéndose hacia nosotros nos dio la bendición.

Las novicias salieron y subieron al auto que las esperaba en la parada de autos próxima al Santuario. El motor estaba en marcha pero ellas esperaban... Salió el Padre y sonriendo caminó hacia el auto. El momento de la partida había llegado. El Padre sacó un albo pañuelo del bolsillo y abriéndolo lo agitó sonriente en señal de despedida. El auto aún detenido, el Padre agitando su pañuelo, las novicias con sus ojos llenos de lágrimas, formaban una escena como las que uno seguramente debe gozar en el paraíso.

Pero en ese momento ocurre lo inesperado. El Padre pasa su pañuelo a la novicia que está sentada al lado de la ventanilla en el asiento delantero y le indica que

seque con él sus lágrimas; ella lo hace e intenta devolvérselo, pero él con un gesto sonriente le dice que lo guarde. Deja pasar unos segundos, justo los necesarios para que las otras tres novicias alcancen a pensar que su compañera es la más afortunada del mundo. En seguida saca de su bolsillo tres albos pañuelos más y se los entrega una por una, dejándolas a todas radiantes de felicidad. El auto parte y cuatro blancos pañuelos se agitan desde el interior y las ventanillas, mientras el Padre agita su mano. Fue la plática y despedida más hermosa que pudieron haber tenido.

ESTOS SON NUESTROS HIJOS

ALFREDO y ODETTE VALLENDOR, argentinos.
Miembros de la Obra Familiar.

Yo, Odette, hoy de cuarenta y cuatro años de edad —recuerdo el año 1947, cuando en una tarde de invierno, sentadas todas en el jardín de infantes de las Hermanas Marianas en Villa Ballester, la Hermana Ursula nos relató la vida del Padre Kentenich, que estaba por llegar de visita a la Argentina. Aún estando preparadas, el impacto fue enorme. Me parecía tan majestuoso y sin embargo era tan paternal y bondadoso. Me tocó estar también unos días en Uruguay durante su visita, y pude observar que tenía la misma actitud hacia todas las personas.

El 18 de marzo de 1951 —antes de su exilio— volvió a pasar por Villa Ballestar. No esperaba que me reconocería. Sin embargo, sin titubear nos saludó a Alfredo y a mí (ya estábamos casados y con Ursula de 6 meses), preguntó, se interesó por lo nuestro. Al final le dio su bendición a Ursula, lo que nos emocionó hasta lo más profundo porque en él todo era vivencia. Pasaron los años, el Padre en el exilio y nosotros en nuestra vida cotidiana Le acompañábamos siempre en Espíritu, escuchando con todo el corazón cuando llegaban las escasas noticias sobre su persona. Hasta que llegó el gran día que la Mater nos había preparado: el reencuentro con el Padre allí en la tierra del exilio. No podíamos creer que iba a tener tiempo para nosotros, que éramos tan solo un matrimonio, uno de tantos del continente sudamericano. No creíamos que volvería a recordarnos. Sin embargo, al llegar a Milwaukee, el Padre Carlos nos comunicó por teléfono. Mi emoción fue tan grande que no recuerdo ni una sola palabra de lo hablado (Eran todas preguntas que fui contestando). A la mañana siguiente celebró la Misa en el Santuario. No puedo describir lo que sentí al verlo llegar, vestido para celebrar... era como si fuera de otro mundo...

Más tarde pudimos saludarle personalmente. Qué felicidad, lo primero que hizo fue preguntar por los hijos. Le mostramos una foto, la tomó y exclamo: "Das sind unsere Kinder" (estos son nuestros hijos). Lo dijo con tanta afirmación que hoy todavía le rezo y pido (con todas las preocupaciones que uno tiene por cada uno): "Padre, se trata de nuestros hijos". Y no nos ha abandonado ni una sola vez...

El encuentro era risa, felicidad y felicidad... Así será, seguramente, un día en el cielo cuando veamos a nuestro Padre Celestial: no habrá sombras. Lo mismo experimentamos a la tarde cuando lo encontramos en el cementerio: ¡cuánta paternidad vivimos en esos breves instantes!

Así llegó el tercer día. Antes de partir volvimos al Santuario a fin de renovar con él todas las consagraciones que habíamos hecho en Argentina. Antes de nosotros había dos matrimonios portorriqueños. El Padre estaba arrodillado en el altar. Luego de escuchar su consagración, le pidió a la Mater por ellos con estas palabras: "Please, Mother" ("Por favor, Madre"). El Padre, un hombre anciano de cabellos blancos, con una larga vida tras de sí, pedía a la Madre con la dulzura de un niño y la seguridad del anciano, como si ella estuviese allí en persona, que aceptara a esos matrimonios. No es posible expresar con palabras lo que era ese cuadro. Después nos tocó el turno a nosotros. Tenía tiempo, no se apresuró, escuchó y le habló a la Mater pidiéndole por nosotros. Para él era esto tan importante como si nosotros fuéramos grandes personajes. Habló de nuestro pasado, de nuestros hijos, aceptó y le entregó a la Madre lo nuestro. Le agradeció a ella por todo lo que nos había dado. Allí hemos vivido la cercanía de la Mater como nunca lo habíamos hecho anteriormente. El Padre se mostraba tan Padre para con nosotros y tan hijo ante Ella. Después de darnos su providencial misión para nuestra Patria (llevar el Santuario Hogar) nos despedimos. Su "auf wiedersehen" (hasta la vista) fue dicho con tanta afirmación que estábamos seguros de volverlo a ver en nuestra patria. . . No ha sido así. Pero hoy estoy segura que él nos espera en el cielo, y que no nos abandonara.

DEJÓ EN NOSOTROS UNA HUELLA MUY PROFUNDA

FERNANDO BOBENRIETH, chileno, ingeniero civil,
Jefe de la Oficina de Endesa en Nueva York, U.S.A. (ahora en Endesa - Chile)
Profesor de la Escuela de Ingeniería de la Universidad de Chile.

MARTA K. DE BOBENRIETH, Dentista especialista en niños.

Lo visitamos en Milwaukee en el mes de julio de 1960, pocos días después de sus bodas de oro sacerdotales.

Fernando lo había conocido en Chile. Para Marta era su primer encuentro y se sentía muy preocupada no sólo por los problemas del idioma, sino especialmente por sentirse muy pequeña frente al Fundador con toda su grandeza y santidad. A los pocos segundos de conversar con él, sentimos una gran confianza y acogimiento, se sentía la sensación de estar frente a Dios Padre con el alma abierta, dispuesta a recibir de él. Especialmente Marta sintió esa confianza de haberlo conocido siempre. . .

Llamaba la atención el auténtico y especial interés que mostraba por los problemas que le consultábamos, por pequeños que fueran. Analizaba cada

consulta con gran profundidad y simplicidad y las conclusiones y consejos, después de escuchárselos, parecían evidentes y no entendíamos como podíamos haber tenido dudas sobre ellos. Sentíamos la impresión de estar junto a un ser muy superior, pero muy cercano, en el que se armonizaba lo natural con lo sobrenatural en forma perfecta.

Siempre en las reuniones que tuvimos con él en esa semana en Milwaukee dedicada al Padre, nos ofrecía galletas y dulces. Se preocupaba de nuestra naturaleza humana, y tenía un especial interés por la salud de Marta; él sabía que había sido sometida a unas operaciones hacía poco tiempo.

Nos habló mucho de la "Familia" como valor fundamental y nos indicaba que a su juicio no existía ningún trabajo tan importante que justificara sacrificar la Familia, y así nos ponía un ejemplo. Si a un padre de Familia se le ofrece un alto cargo en la sociedad que puede tener grandes proyecciones apostólicas, pero que va a deteriorar su Familia en forma importante, no debe aceptar este cargo.

Al final de nuestra visita a Milwaukee nos ofreció regalos que él había recibido para sus bodas de oro. Fue una semana de gracias que dejó en nosotros una huella muy profunda.

NO QUEDE DEFRAUDADO

PEDRO Y. SANTOS, argentino,
ingeniero mecánico, padre de 2 hijos

El 4 de Mayo de 1965 llegué a Nueva York, en camino a Milwaukee, para visitar por primera vez al Padre Fundador. Nueva York era la estación forzosa de todo peregrino schoenstattiano y la impaciencia por conocer personalmente al Padre Kentenich desaparecía momentáneamente con el encuentro de una comunidad que vivía según los consejos y el ejemplo del Padre Fundador. En Brooklin me sentí acogido en una comunidad de hermanos. Fue allí donde una noche el P. Carlos Boskamp me dijo: "El Padre Kentenich está al teléfono". Me dio la bienvenida muy amablemente y yo le contesté con mi mejor alemán, que entendió. Cinco días después estaba en el Santuario de Milwaukee. Sentí una mano que se posaba en mi hombro: era el Padre.

Me invitó a acompañarlo a la Misa de los apatiner, inmigrantes de habla alemana provenientes de la Europa oriental. Ese fue mi primer encuentro con el Padre Kentenich. Tuve oportunidad de hablar varias veces con él y debo decir que, como buen ingeniero, yo medía todas sus palabras. Buscaba en el Padre Kentenich la autenticidad de un padre del cual había oído hablar muchas veces. Y no quedé defraudado.

Su persona me inspiró un gran respeto. Su actitud frente a los misterios que celebraba en la Santa Misa, la forma en que hablaba de Dios y de la Santísima Virgen me hicieron experimentar lo que es un sacerdote. Sus prédicas en la Iglesia de St. Michael a la colectividad alemana de Milwaukee fueron para mí un mensaje muy realista y fuerte. Nos hablaba de la Cruz, del dolor que nosotros los hombres tenemos que saber sobrellevar sin acobardarnos. Puedo decir que con su palabra y su ejemplo me mostró una actitud auténticamente cristiana de cómo debo afrontar la vida en unión con Cristo y con María.

Me mostró también ideales por los cuales vale la pena luchar y sacrificarse, tales como el del hombre nuevo en la nueva comunidad y por lo tanto el nuevo orden social. Pero sobre todo aprendí de él a valorar la fidelidad como una de las virtudes más importantes del cristiano. Me aconsejó con sabiduría y sus consejos se vieron confirmados en mi vida. Me dio un ejemplo muy grande y una lección inolvidable que guardo para mí. Cuando le conocí estaba viviendo momentos muy difíciles, poco antes de que lo llamaran a Roma. Sin embargo, lo vi con una alegría que me pudo transmitir, lo vi preocupado por mi situación no solo espiritual sino también material. El mismo me hizo dar alojamiento.

Quiero decir aquí que al Padre Kentenich le debo mucho y ha sido la persona que más ha marcado mi vida, a pesar del tiempo relativamente corto que lo pude tratar. Debo decir también que no me vinculó solo a su persona, sino que me supo llevar más a un Dios personal que actúa en mi vida, a la Madre de Dios y a Jesús.

Me hizo comprender vivencialmente el cristianismo auténtico, ese que toma la cruz para llegar al cielo.

EN EL PADRE KENTENICH HAS DADO UNA RESPUESTA AL MUNDO DE HOY...

BÁRBARA KAST RIST,
julio 1950 – diciembre 1968, dirigente de la juventud femenina de Schoenstatt en Santiago (Chile).

Bárbara, no llegó a conocer personalmente al Padre Kentenich. Sin embargo llegó a tener una profunda vinculación con él. Su testimonio —entresacado del Diario de vida que escribiera preparándose a su Alianza de amor (8-12-1968) — es testigo elocuente de la misteriosa comunidad de destinos que une al Padre de la Familia con todos y cada uno de sus hijos.

Mater, ayúdame a ver bien mi misión específica en Schoenstatt porque se que dentro de ella tengo una misión especial. Matercita, sé que va en la línea de ser generación fundadora, de tener tan dentro Schoenstatt que en mi puedan apoyarse muchas personas dentro del mismo Schoenstatt.

Quiero ser, Matercita, instrumento directo del Padre para su obra. El Padre desde el cielo sigue guiando y conduciendo su obra, por eso Mater quiero ser un instrumento directo en sus manos. Que pueda pedirme hasta lo ultimo para su obra, que me sienta a su entera disposición. Por esto debo empaparme activamente del Espíritu del Padre y tener también un contacto vivo con él. Por eso, Mater, en símbolo de mi total y absoluta entrega a Schoenstatt y los ideales que encierra juraré a tu bandera, nuestra bandera.

Este juramento uniré para siempre mi corazón al del Padre ya que seré desde ahora su testigo y su prolongador. Este juramento significa, Mater, mucho para mí. Será desde ahora Schoenstatt lo más importante en mi vida, porque sé que es consagrar mi vida a una gran causa, a un gran ideal.

Mater, el ser portadora de Schoenstatt es ser en el fondo portadora del Espíritu y amor del Padre. Ser portadora de Schoenstatt es ser apóstol de Schoenstatt, es prolongarlo y con toda el alma defenderlo hasta lo último. Por eso Mater, juro a la bandera, y la fidelidad del juramento se apoyará en mi confianza en tu protección y la del Padre con quien quedo ahora unida para siempre...

Me incorporo, Mater, en este momento para siempre en la Familia de Schoenstatt porque se que en ella y en el P. Kentenich has dado una respuesta al mundo de hoy. Su vida será desde ahora mi vida al igual que su destino. Por ello, Mater, me

pongo también a entera disposición del Padre quien desde el cielo nos guía y bendice prolongando su obra en nosotros...

P. Kentenich, desde el cielo te sentí muy cerca, me infundías tranquilidad, la cual se hizo plena cuando recibí tu bendición. Padre, le pido que siempre me ayude, Ud. me conoce, soy muchas veces un poco tontita con Dios, por eso dígame a Dios que me quiera mucho, como hija muy regalona porque necesito de Él. Mater, tu obra, la obra del Padre es ahora también mi obra, ayúdame a darme por entero a ella con toda el alma, con todo mi corazón.

Madrecita, tu me conoces como soy, muchas veces reacia, mas tu me ayudaste a descubrir mi verdadero nombre, tabernáculo. Mater, te pido hoy como cosa muy especial que como regalo me des el sentirte a ti, a Cristo, al Padre Kentenich siempre como personas reales y vivas en mi interior. Haz que ya no sea mi corazón el que palpita, sino que sea el vuestro, el del mundo sobrenatural quien palpita en mi. Que mi vida dependa de vuestra vida en mi. Mater, sinceramente te pido que antes que esté en la tierra sin teneros presente como te dije, prefiero morir. Mater, haz que toda mi estadía en la tierra esté impregnada de ti, de Cristo y del Padre, porque esa será siempre mi única razón por la cual viva.

(Diario, Diciembre de 1968)

EL PADRE AL BORDE DEL LAGO MICHIGAN

MARÍA KLEINMEYER, alemana, Asistente Social,

Ex-secretaria del P. Kentenich como Capellán de la comunidad Alemana de Milwaukee, USA.

Existen muchas fotos que lo muestran a la orilla del mar. Muchas veces tomé parte en uno de esos paseos al lago. Era organizado de tal manera que llegáramos a la playa en un momento de tranquilidad y cuando no había gente. Bajando hacia la orilla por los senderos del parque, se oía decir en la conversación que el Padre amaba la naturaleza, sobre todo la ilimitada extensión del mar.

Al contemplarlo en la orilla y verlo caminar a lo largo del agua, espontáneamente pensaba en el Señor: solía enseñar desde un bote, caminó sobre las aguas, tranquilizó la tormenta en el mar. Eligió a pescadores para ser sus apóstoles... ordenó a Pedro: guía mar adentro y arroja la red para pescar... Me venía a la mente el América - Bericht (Carta - informe que redactara el P. Kentenich en 1948, a raíz de su viaje a USA) que justamente comienza con esas palabras: Duc in altum... Cuantas veces supo decir que nos hallábamos en camino hacia "la otra orilla", hacia las nuevas playas del futuro... Me gustaba verlo a la orilla del mar. ¿Qué pensaría en esos momentos? ¿No era él también un pescador, un timonel que tenía la misión de "pescar" hombres, o mejor dicho, de ganar hombres y

entusiasmarlos para el Señor, para Dios? Había recibido la misión de ayudar a que el barco en que se encuentra la humanidad, a pesar de las tormentas que lo zarandean, alcanzara con seguridad las "nuevas playas". . .

Esta imagen irradiaba algo de su personalidad. Le atraían la anchura y la amplitud del mar, lo ilimitado y sin límites, la calma y la tormenta, la vivacidad del movimiento de las olas, tocando casi el cielo en la lejanía. Y cuando lleno de entusiasmo contestaba espontáneamente: "Si, el Padre viene también con gusto a este lugar". Hablábamos un poco del carácter simbólico del mar, de la otra orilla... "Siempre debemos vincular todo, todo, con nuestro mundo". Y el Padre se alegraba con nosotros como un verdadero padre. Arrojaba piedritas al agua y nos hacía observar como, a modo de un remolino, se formaban círculo tras círculo. En sus pláticas usaba a menudo esta imagen, al designar a la Stma. Virgen como un remolino de Cristo, que nos introduce en él con fuerza irresistible. Cuando hablaba de la dignidad, belleza y poder de la Stma. Virgen, solía compararla con un gran mar, del cual se podía ver con claridad el comienzo, pero cuyo término quedaba fuera del alcance de la vista, así sucedía con María, cuya dignidad, belleza y poder son casi ilimitados.

"El Padre ama al pueblo" Se lo escuché decir muchas veces. El tenía la costumbre de escuchar cuanto yo le narraba de las visitas y las cosas que me tocaba hacer como su asistente. Se interesaba hasta de las pequeñeces. Durante la conversación sentía como vibraba su corazón de padre, si se trataba de los hombres de su comunidad o de otros que había encontrado en mi camino. Y nos alegrábamos mutuamente cuando decía: "Así debe ser, debemos llegar a ser verdaderas madres (del pueblo). El Padre también quiere mucho al pueblo. Se siente tan a gusto en medio de estos hombres sencillos: son tan espontáneos, auténticos y, en general, también buenos".

Al principio me solía extrañar el hecho de que estos hombres, que apenas me conocían, llegaban a contarme todas sus cosas. Yo recibía todo eso como si fuera dicho al Padre y también le decía ésto a ellos. A unos no les importaba mayormente. Otros hablaban de él como "nuestro sacerdote". Pero me asombraba escuchar que algunos le decían, directamente, "Padre". (Si bien aquí en el país la gente llama a su sacerdote como "father", esto no es ninguna costumbre germana). Tiempo después pregunté a un hombre por que solía llamar así al Padre. "Sabe Ud. —me replicó— el Padre Kentenich es para mí sencillamente mi padre. Lo siento mucho más cercano que incluso mi propio padre. Con él puedo hablar de cualquier cosa, simplemente confío en él. Y los miembros de su comunidad tenían oportunidad de experimentar, con generosidad, la bondad del Padre. Pero a su vez el se sentía muy unido a sus alemanes.

En la víspera de mi partida a Alemania —en1968— este señor (a quien recién me he referido) me llamó por teléfono. Me dijo: "El Padre sabe que yo no puedo escribir cartas. Déle saludos de mi parte y dígame que tengo nostalgia de verlo". Tras haber arribado a Schoenstatt, mi primer diálogo con el Padre giró totalmente en torno a Milwaukee. No me sorprendió en absoluto oír como se interesaba por

todos, uno por uno, acordándose aún de los nombres de la gente. Al transmitirle el mensaje del señor ya mencionado, reaccionó conmovido y dijo: "Eso lo comprende el Padre, el también tiene nostalgia de los suyos".

ME PERMITIA HACERLE PREGUNTAS DE TODA ÍNDOLE

VÍCTOR ALAMOS, chileno, Ingeniero Agrónomo.

Mis recuerdos del Padre Kentenich son de Navidad de 1958, cuando tuve la gran bendición de alojarme en la casa de los Pallottinos en Milwaukee, durante unos diez días.

En ese entonces se discutía mucho en Bellavista sobre la concepción del grupo como una comunidad vital que debería prolongarse por toda la vida y en la que si deberían participar, por igual laicos y religiosos; el mecanicismo alemán, importancia del 31 de Mayo, vida social de jóvenes, rol del Director Espiritual, entre otros puntos, eran muy conflictivos. Aproveché mi estadía en Milwaukee para conversar con el Padre Kentenich prolongadamente sobre éstos y otros temas.

El Padre me concedía muy generosamente largos ratos, prácticamente todos los días. Durante las comidas me sentaba a su lado y frecuentemente salíamos a caminar por el cementerio que estaba frente a la parroquia de los Padres Pallottinos.

En una oportunidad, al llegar a su pieza, sobre el escritorio había en un plato un racimo de uvas. Riéndose me dijo: "Sabido que vendrías, fui a la cocina y me robé este racimo para ti". Quedé sorprendido con esa salida del Padre.

Esa vez discutimos sobre lo que era un grupo. Si debía o no continuar por toda la vida. Si el jefe tenía o no jurisdicción sobre los subalternos. Si podían participar laicos y sacerdotes y en qué planos (toda una problemática que estaba de gran actualidad en Bellavista). La discusión duró unas dos horas. Finalmente el tema se agotó y no tuve más preguntas al respecto. "¿Está todo claro? —me preguntó— entonces —continuó— tomémonos un vaso de cerveza".

Otro día a la hora del desayuno, al tomarse un vaso de leche fría, me dijo: "Siempre me ha gustado la leche y la miel. Como los hombres del Antiguo Testamento"

Caminábamos por el cementerio conversando de mil cosas, cuando sacó un paquete de pastillas, lo abrió y me dijo: "Víctor, dos para ti, una para mí" Ese día a la hora del almuerzo sirvieron chuletas; el me sirvió y dijo: "Una para ti, otra para mí. Come hasta que te enfermes".

El tema del amor humano y su proyección schoenstattiana (pololeo, noviazgo, vida conyugal, sexualidad, posibilidad de un Instituto en la Rama Familiar) era uno de mis temas favoritos.

La personalidad del Padre me hacía sentir tal confianza que yo me permitía hacerle preguntas de toda índole. El Padre, con una exquisita sobrenaturalidad, me las contestaba una por una mostrándome una visión del matrimonio schoenstattiano que me hacía vibrar. Cuando terminamos de conversar me dijo: "Que hoy sueñes con tu niña".

Una vez hablando sobre los idiomas, medio en broma me dijo: "El idioma alemán es para los filósofos; el inglés, para los hombres de negocios; el español, bueno, el español es para los ángeles".

En una oportunidad al no recibir noticias de Santiago y teniendo otros problemas, andaba cabizbajo. Al comunicárselo, me dijo: "El Padre comprende muy bien al niño, pero a veces es mejor tener un pequeño dolor...". Al salir de su escritorio, antes de abrir la puerta escuché un: "Víctor, uno, dos, tres..." Me di vuelta, una naranja cayó en mis manos.

Cuando me despedía de él, al dejar Milwaukee, me dijo: "Por Chile he vivido, he trabajado y voy a morir".

FUE UNA VIVENCIA DEL CIELO...

OLGA RIST DE KAST, alemana, madre de 10 hijos

En julio de 1968 hice un viaje a Alemania con Miguel, mi hijo mayor. Bárbara, mi segunda hija, lo mismo que Miguel, ya pertenecía al movimiento de Schoenstatt. Pregunté a cada uno de mis hijos que deseaba le trajera de regalo desde Alemania. Bárbara me dijo: "Mama, yo quiero que vayas a Schoenstatt, visites el Santuario original y trates de hablar con el Padre Kentenich". Tenía por él gran amor y admiración.

De ahí que fueramos Miguel y yo a Schoenstatt. Tuvimos la gran suerte de participar en la Santa Misa que el P. Kentenich rezó para un grupo de madres. Nos fue pedido no hablarle después de la Misa, pues se encontraba muy enfermo.

El Padre Kentenich vino -ya revestido- desde Haus Regina, entrando a la Capilla. Se le veía cansado y anciano, al acercarse, erguido y respetuoso, al altar. Sin embargo, comenzando a hablar (y lo hizo durante casi una hora) su rostro se iluminó; de repente era otra persona, un hombre joven. Tan viva y atrayente, tan clara y edificante fue la manera como lo hizo. Sencillamente grandioso. Pudimos

recibir la comunión de su mano. Luego de la Misa se acercó y nos saludó a todos. Su mirada solo irradiaba amor y comprensión. Sentí en ese momento de que así debe ser el Padre Dios. Uno se sentía en una atmósfera de cobijamiento, en la cual de repente no se tenían más problemas y tampoco más preguntas que hacer. Fue una vivencia de cielo: el punto culminante de mi viaje a Alemania.

UN PADRE QUE MOSTRABA CON SU EJEMPLO COMO SER HIJO

MIGUEL KAST RIST, chileno.
Economista, Ex - Ministro de Estado. Profesor universitario.
Padre de 5 hijos.

En el año 1968, en el mes de agosto, el Padre Kentenich se encontraba dictándole un retiro a las Frauen de Schoenstatt; estaba además bastante delicado de salud, así es que en la práctica en ese momento era totalmente inaccesible para la gente que viniera desde fuera, ya que, como era comprensible, se extremaban los cuidados para preservar la salud del Padre Kentenich.

Sin embargo, mi mamá junto con la madre del Padre Esteban Uriburu, comenzaron a mover todos los hilos para obtener por lo menos permiso para poder asistir a una Misa que dijera el Padre Kentenich; así resultó finalmente, y fuimos autorizados para asistir muy temprano en la mañana a una Misa con el Padre Kentenich, en el Santuario que tienen las Frauen de Schoenstatt en Vallendar. Se nos dijo que el acceso era muy limitado, porque el Padre Kentenich insistía en repartir él personalmente la Comunión a todos los asistentes. Como ya tenía algunas dificultades en sus rodillas, querían limitarle el tiempo dedicado a este propósito; también se nos dijo que por favor a la salida no lo retuviéramos, ni le dirigiéramos la palabra, porque en realidad estaba tan acosado que la Superioridad de las Frauen le querían preservar la salud, aliviándole asedio de la gente.

Se me dijo, si quería ayudar a la Misa, pero me enteré que el Padre Kentenich decía las Misas en latín; a pesar, de que yo cuando chico había ayudado a decir Misa en latín, lo había olvidado completamente; finalmente no me atreví y asistí a la Misa desde atrás en el Santuario, junto con mi madre y la madre del Padre Esteban Uriburu.

Verlo entrar fue un impacto grande, un impacto, porque se le veía muy concentrado y diría muy frágil, casi transparente. Cuando comenzó la Misa en latín lo hizo con una voz de mucha concentración, bajito, sin elevar demasiado el tono de voz, tratando de atraer el máximo de concentración sobre el misterio mismo de la Misa. Realmente está viejito, pensé, cuando lo vi así; pero después del Evangelio, llego el momento en que el Padre Kentenich se dio vuelta y se dirigió al grupo de Frauen de Schoenstatt que había en la Misa y ahí realmente observé una especie de transfiguración del mismo. Empezaron a brillarle los ojos con una

picardía y alegría muy impresionante y como pidiéndoles disculpas, les dijo a las Frauen: “en realidad no pensaba ni estaba previsto que les hablara, pero ayer caminando por el jardín me encontré con un símbolo del grupo de ustedes y quiero comenzar a hablarles un minutito sobre el tema, si es que ustedes me disculpan por quitarles su tiempo”.

Me impresioné mucho por dos cosas: lo primero fue el cambio que tuvo el Padre al empezar la prédica; de la gran concentración e introversión de la Misa, pasó a irradiar un carisma y a irradiar una idea con una fuerza como si fuera un joven de 30, 40 años que está transmitiendo un mensaje alegre, un mensaje lleno de vida y un mensaje que lo irradia no solo con la voz, sino con todos sus gestos y todo su cuerpo, que en ese momento rejuveneció. Lo segundo que me impresionó fue su humildad, humildad por la forma en que empezó a hablar; en el fondo parecía como que si estuviera temiendo "latear" a las Frauen de Schoenstatt, que estaban ahí y que, obviamente, lo único que querían era oír al Padre Kentenich y la mayor alegría era que les hablara. Entre otras cosas les habló de cómo el Padre va formando su viña, a través de esa parábola del Señor, en el sentido que todas las ramas de una parra que producen, están unidas al tronco y es el tronco el que alimenta todo, y así hizo la semejanza con el movimiento y con la Iglesia.

Terminada la prédica, volvió exactamente a la misma actitud anterior a la prédica y continuó la Misa completamente recogido en si mismo, concentrado en lo que estaba haciendo y atrayendo la atención de la concurrencia a lo que estaba ocurriendo en el altar y no sobre si mismo; se notaba un verdadero servidor de Dios y no alguien que estuviera transformándose en el centro de la atención como sacerdote.

Finalmente en la salida, se hizo un ruedo en el que pasó saludando y dando la mano, pero no le hablamos mayormente cumpliendo la promesa que le habíamos hecho a la Superiora de las Frauen de Schoenstatt.

LA INSPIRACIÓN Y FUERZA DE MI SACERDOCIO

P. CLEMENTE MARÍA HERNÁNDEZ,
Sacerdote dominicano.

A fines de Agosto de 1964 llegué a Milwaukee con la finalidad de conocer al Padre Kentenich y el Santuario de la Mater. Antes de llegar a Milwaukee había establecido contacto con el Padre Carlos Boskamp, quien me ayudó mucho para mi encuentro con el Padre.

Es necesario que antes de hablar de mi experiencia con el Padre diga algo de mi encuentro con el Santuario. Jamás podré olvidar que al acercarme por primera vez al Santuario sentí como una fuerte sacudida interior y desde ese momento tuve la sensación de que allí iba a obrarse en mí una profunda transformación interior.

Para esa fecha solamente era subdiácono y debo confesar que no me sentía muy seguro para dar los últimos pasos hacia el sacerdocio. Ciertamente las vivencias que tuve en el Santuario fueron sublimes. Es imposible expresar con palabras los momentos de Tabor que allí viví. Desde entonces el Santuario de la Mater ha sido para mí el hogar más preferido de mi vida.

Esa misma tarde de mi llegada a Milwaukee, cuando ya las sombras de la noche lentamente iban envolviendo la silueta del Santuario, mientras paseaba en sus proximidades con Jesús María Pagan, divisando al Padre que se acercaba, me dijo: "Clemente, ahí viene el Padre para el Santuario, vamos para que le saludé" Corrimos como dos chiquillos al encuentro del Padre. Ya frente a él, el Padre me miró atentamente y me extendió su mano con mucho cariño, yo se la besé con profundo respeto y veneración. Me hizo algunas preguntas sobre mi país, que respondí muy brevemente.

No podía comprender por qué desde que vi al Padre y me acerque a él, tuve la impresión de estar delante de un sacerdote extraordinario, de un sacerdote que transparentaba suavemente la presencia de Dios Padre. Fue como si una voz interior me dijera: ¡Quitate el calzado, que la tierra que pisas es tierra santa! ¡Santo es el Santuario y santo es este hombre con quien lo divino se ha desposado a través de María!

Después de ese primer encuentro tuve varios más con él. Su primer interés fue nuestro Seminario y la situación de nuestros sacerdotes diocesanos en la República Dominicana. Me dio métodos concretos para ayudar a mis compañeros en el Seminario y a los sacerdotes después de mi ordenación. Desde Milwaukee el Padre siguió con gran interés todos los acontecimientos de mi país.

El año 1965, en el mes de Marzo, se celebró en la República Dominicana un Congreso Mariológico internacional. El Padre quiso que Schoenstatt estuviese representado en ese Congreso y para esa ocasión escribió una magnífica ponencia sobre la Virgen, que tituló: "Pinceladas del Espíritu Santo sobre la Santísima Virgen María en el Antiguo y el Nuevo Testamento". La misma fue leída en el Congreso por Jesús María Pagan. . . El Congreso fue clausurado el 25 de Marzo y con ese motivo fui ordenado sacerdote con nueve compañeros más. Creo que de no haber conocido al Padre Kentenich, nunca hubiera sido sacerdote. Fue mi encuentro providencial con él lo que me llevo a tomar en serio mi vocación sacerdotal.

En la persona del Padre encontré el ideal de sacerdote que siempre había anhelado encontrar durante mis años del Seminario: un hombre profundamente anclado en Dios y con una respuesta precisa a la problemática del hombre de nuestro mundo de hoy.

Desde el año 1964 mi vinculación al Padre ha sido siempre cálida, cordial y filial; él ha sido la inspiración y la fuerza de mi sacerdocio. El Padre me ha enseñado con

su ejemplo a amar a la Iglesia con todas sus grandezas divinas y con todas sus flaquezas humanas y a servirla como a la esposa amada de Cristo.

Con el Padre hice mi Alianza el 8 de Septiembre de 1964. La Mater me concedió la gracia de viajar a Alemania y renovarla con el mismo Padre en Schoenstatt el 8 de Septiembre de 1967. Fue mi ultimo encuentro con él. . . Infinitas gracias doy a la Mater por haberme regalado la gracia extraordinaria de conocer al Padre. Nunca olvidaré la misión que de él recibí para mi patria y espero serle fiel hasta la muerte...

TESTIMONIO DEL PADRE

CEDRIC MOLLER, chileno,
Ingeniero Civil. Padre de 6 hijos.

Y al escribir, Padre, pienso: ¿Por qué ese nombre? Por que no: El profesor, el Técnico Espiritual, el Teólogo, el Clarividente. Todos títulos muy hermosos, pero a él se le reconoce por Padre. Basta eso, Padre.

Y pareciera confirmarlo la experiencia de tantos, que al ponerse en contacto con él crecieron en vida y más aún, nacieron a la vida. ¿Cómo fue ese Padre para mi? Vida me sobraba pero sin dirección. Fuerza en exceso... Pero igual que a un torrente encajonado al cual a veces el solo rugir asusta, separa y espanta.

No dan deseos de acercarse. Los torbellinos no son la imagen de Dios. No atraen. ¡No dan nada! Y llegó él, el Padre. Después de años de luchas, búsquedas y anhelos insatisfechos. Varias veces lo necesité para que fuera transformándose esa energía desatada en algo relativamente útil. Y Dios me lo dio. 20 años atrás, mientras esperaba en la Capilla, lo veía acercarse para celebrar la Misa en la que yo le servía de acólito.

Era un hombre lejano y muy cercano, que venía de Dios y entraba en el corazón. Aunque uno no quisiera o no entendiera cómo. Era la paz, era la mirada de Dios que ve al hombre con criterios de amor. Y me sonreía... ¡Y esa sonrisa era mía!

Después tuve que viajar miles de kilómetros para encontrarlo en Milwaukee. Y seguía igual. Con paz. Con alegría. Con un acogimiento que le hacía olvidarse a uno del propio yo y se entregaba incondicionalmente a él.

Recibí entonces muchas pequeñas y grandes atenciones.

De sus manos, de su corazón, de su inteligencia, de su paciencia, de su AMOR.

Y ya se me iba grabando más que eso; me iba transformando un poco en su hijo.

Yo podía usar el nombre Padre. Y él para mí el de hijo. Entonces así es como se puede decir que se es de la misma carne creo que puede decir que era del mismo corazón. Y me sentía feliz. Acogido, comprendido, seleccionado de muchos, con un nombre propio.

Hasta que llegó la prueba.

Nuevamente a miles de kilómetros, en Schoenstatt, no me encontré con él, como yo creía y esperaba.

No, él se enfrentó conmigo.

Y sus ojos aunque seguían reflejando a Dios, tenían una fuerza que antes no había visto. Y sus palabras eran duras, claras, precisas. ¿Que pasó? ¿Por qué esa firmeza? ¿Por qué esa intimidación con la cual me sentía traspasado?

Ya no me daba de comer en la boca, como lo hizo antes, ya no me sonreía, no. . .

Ahora era un hombre que irradiaba fuerza y potencia.

Sus palabras eran penetrantes y no se desviaban del centro, aunque era donde me dolía. Estaba martillándome sobre la verdad y como un inmenso yunque destrozaba poco a poco, o violentamente, mi orgullo y mi tenacidad obstinada.

Y de mí no pudo salir ni una frase simpática, amable.

Solo Si - No.

Es cierto.

Estoy de acuerdo.

Es verdad.

Pero en sus gestos estaba siempre la misma paz.

Y cuando cerraba los ojos tengo certeza que estaba unido a Dios, conversando con Él.

Pero NUNCA, me han golpeado tan fuerte y no con violencia o gritos o gestos o puñetazos.

Con la verdad.

Y yo casi no lo podía soportar y creer.

Hasta que lentamente entendí.

A un torrente, a un torbellino, no se le ayuda con mano suave.

El fue valiente y se arriesgó a trabajar con fuerza y digo más con mucha fuerza en mí.

Y generó la vida.

Vida que aún está creciendo y afirmándose.

Porque era Padre.

Y no Mago o mal Milagrero.

Y yo lo llamo, con amor, mi Padre. . .

Palabras que nunca antes supe como se pronunciaban.

Y hoy está en el Cielo.
Pero siempre lo estuvo, muy unido a Dios.
Por eso el mundo no lo turbó y siguió el camino señalado por Dios.
Y ahora, después de ENFRENTARME con él y conocer su fuerza, entiendo como pudo pasar por todas las pruebas sin quebrantarse.
Pues era un hombre y plenamente un hombre, como no conozco otro, pero hombre de Dios. A él le agradezco que me haya mostrado mi Madre de los cielos y que a él pueda llamarlo para siempre PADRE. ¡MI PADRE!

ME CAMBIO LA VIDA

MARÍA TERESA RIVAS DE MOLLER, chilena,
madre de 6 hijos

Fue en el año 1964, el Padre estaba en Milwaukee y se rezaba por su pronta liberación, el año en que la Familia de Schoenstatt cumplía 50 años de existencia. El 24 de Agosto se quemó nuestra casa en La Florida, casa en que había vivido el Padre. En ese incendio murió nuestro hijo Juan Francisco de 4 años de edad, y por tratar de salvarlo junto con otros 3 niños, me quemé gravemente la cara y las manos quedando muy desfigurada. Cosa que me costó mucho aceptar y que me tenía muy triste, sin esperanzas, encerrada en mi misma y sin ganas de seguir viviendo.

Por mis graves quemaduras y porque no teníamos casa me quede donde las Hermanas Marianas por 3 meses a su cuidado cariñoso y maternal. Por ellas aprendí a querer al Padre y a ofrecer este dolor por su liberación. Por amor a ellas y por darles un gusto le escribimos al Padre contándole del incendio.

Ya en el año 1966 como no quedaba bien con la cirugía que se me hiciera acá en Chile, fuimos con Cedric a Nueva York donde había un famoso doctor. Después de su primera intervención (me hizo 6), seguimos viaje a Schoenstatt a ver al Padre como una última esperanza para devolvernos la paz y la alegría. Yo no estaba bien y todo me parecía mal. En Schoenstatt me molestó mucho que "todo" giraba alrededor del Padre, Cedric se levantaba en las mañanas a las 6 para ayudarlo en la Misa. . . y yo me quedaba durmiendo. . . en realidad no quería ni verlo. Hasta que un día lo vimos salir de la cabina del teléfono. . . y las Hermanas decían: "Ahí viene el Padre. . . ". Yo les dije: "Me voy. . . no quiero verlo". Se me figuraba tan importante. . . tan inaccesible. . . no me gustaba nada que todo el mundo lo persiguiera tanto y hablara nada más que de él. No alcancé a ir muy lejos, pues él se nos acercó, nos tomó a Cedric y a mí de la mano y ni supe en que idioma hablaba (creo que inglés). Me preguntó por los niños. . . con quien los habíamos dejado. . . me preguntó si me dolía mucho la cara (a raíz de la operación). Me dijo: "Pobre hija mía cuánto habrá sufrido". Lo encontré muy

cariñoso, toda su persona era muy acogedora, tenía una mirada bondadosa y juvenil, sus ojos eran los de un niño. Sentía que realmente le interesaba todo lo que le contaba.

A la mañana siguiente, me encontré de las primeras en entrar al Santuario, para asistir a la Misa de 6.30 A.M. Tuve que entrar a codazos. Al otro día tuvimos una reunión con el P. Carlos Boskamp de Nueva York, mi marido, el Padre Fundador, otros Padres y yo. ¿Cómo sería este famoso Padre de quien tanto se hablaba? La reunión fue muy seria y formal... yo tenía al Padre a mi lado, y él me miraba de vez en cuando con mucho cariño. De repente me encontré con que yo tomaba al Padre del brazo y le decía: "Padre, quiero hablar con Ud.". El se desentendió del resto y me dijo: "Si... ¿y cuando quiere hablar?"; le conteste "Altiro Padre", el se rio y me dijo: "Venga esta tarde a las 3". Yo ni siquiera sabía lo que le iba a decir, pero era tan bondadosa su expresión, era tan cariñosa su sonrisa.

Bueno... me fui al Santuario a rezar y a pedirle a la Mater fuerza y valor, porque después de todo iba a hablar con el P. Kentenich, Fundador del Movimiento, el que había estado en Dachau, una persona tan, tan importante.

¡Cómo me había atrevido yo a quitarle su tiempo, cuando habían colas de Hermanas y de Padres esperando semanas para hablar con él! Total a las 3 estaba tiritona. . . pero estaba. El Padre me acogió con mucho cariño y me preguntó cómo me sentía. Se sentó frente a mí y como vio que estaba nerviosa, me sonrió y me pasó su lápiz. . . para que anotara, me imagino. Pero lo que hice fue chupar el lápiz de pura vergüenza. Y cuando me di cuenta más vergüenza me dio. Empece a contarle en un principio tartamudeando y después agarré confianza, confianza y ante todo. . . de mi Familia, de nuestro matrimonio y sus problemas, de los niños... le conté de lo mucho que me costaba vivir así como estaba tan desfigurada. El Padre me dijo: "Recuerde siempre que Ud. es mi princesita y que yo la quiero mucho, mucho; gracias, gracias por su fidelidad. M. Teresa nadie se fija en su cara lo que importa es su alma". Le contesté: "Padre, pero el alma no se ve". "Si se ve —me dijo— en sus ojos, en su alegría y en su espontaneidad, cuando tenga pena acuérdesese que Ud. siempre es la niñita del Padre".

Así fue como me dio todo el tiempo que necesité y mucho más todavía. Estando con él se paraba el reloj, el tiempo no corría. Yo era la persona más importante del mundo para él. Se me olvido la cola de personas que lo esperaban... le conté todo sin susto pues me sentía bien con él, cuando termine me pregunto: "¿Nada más?... entonces vuelva mañana. . . y vamos a rezarle a la Mater".

Al día siguiente me recibió como a una hija muy querida, me habló largo explicándome muchas cosas, me aconsejó de cómo debía actuar para adelante y por sobre todo me agradeció por mi confianza y por mi fidelidad hacía Schoenstatt y hacía él. Al final fue a su pieza y volvió lleno de regalos. . . chocolates, velitas, imágenes de la Mater y fotos suyas. Yo no quería irme, tan feliz me sentía.

Conocí al Padre... me sentí querida, aceptada, acogida y comprendida como nunca antes. Me cambió la vida. Ya no le tuve más miedo a la muerte, ni al juicio, ni a Dios. Si un ser humano puede dar tanta paz y alegría al alma, ¿cómo será nuestro Padre Celestial ?

Han pasado muchos años de todo ésto. . . pero el amor al Padre es cada vez más real y cercano para mí. De él saco fuerzas y alegría para todo lo que hago. . . los intereses de él son los míos, su Familia es mía, su Misión es mía, sus hijos son míos, todo lo de él es mío. Por eso mi vida entera es para él y para prolongar su Obra. Ahora tengo que vivir y mucho, pues hay mucho que hacer. Tengo la alegría siempre de saber que soy su princesita y que él me quiere. Tengo que dar a otros el amor que él me dio, la alegría de vivir y la esperanza de que detrás de cada acontecer por duro que parezca está su mano cariñosa que nos conduce hacia la casa del Padre.

DOS ENCUENTROS CON EL PADRE KENTENICH PARA RECORDAR

P. AUGUSTO ZIEGLER, suizo,
Padre de Schoenstatt,
ex Director del Movimiento de Schoenstatt en Suiza

A fines de febrero de 1972 el P. Esteban Uriburu escribió al P. Augusto Ziegler, suizo, Director del movimiento de Schoenstatt en Suiza, solicitándole un testimonio de sus vivencias con el P. Kentenich. A fines de marzo recibió un largo informe, acompañado de una breve carta:

"Emmenbrucke, marzo 22 de 1972.

Lamentablemente no he podido encontrar el escrito que Ud. me pedía. Pero he puesto manos a la obra a fin de recordar mi encuentro con el Padre Kentenich luego de su regreso del destierro. A ello añado el relato de otra experiencia que tuve con él hace ya muchos años, con ocasión de nuestro primer encuentro personal. Yo mismo había pensado publicar un libro con el tiempo: "Nuestras experiencias con el P. Kentenich". Ud. parece haberse hecho cargo de esta tarea, de lo cual me alegro mucho.

Su P. Augusto "

El 21 de junio de 1972 el P. Augusto falleció repentinamente en las alturas de las montañas suizas. Recogemos su testimonio como valiosa herencia espiritual.

Hace tiempo, siendo aún estudiante en el colegio de St. Michael en Friburgo — entre 1932 y 1935— vi y escuché hablar por primera vez al Padre Kentenich. En aquella oportunidad no me hizo ninguna impresión especial. Por el contrario, en cierta medida estaba indignado con él porque en la plática que tuvo con nosotros, los estudiantes, dijo algo que me cayó muy mal, y por inmadurez juvenil quedé

afectado por ese pasaje, olvidando todas las demás cosas buenas que había dicho. Entonces no tuve posibilidad de hablar con él personalmente. Esto ocurrió muchos años más tarde— y en forma totalmente inesperada—cuando ya tenía ocho años de sacerdocio. Aquella vez —debe haber sido en la primavera de 1947— llegó el Padre Kentenich a Friburgo, para dirigirse desde Suiza a Sudamérica. En un lapso mínimo de tiempo debía obtener la visa de varias naciones sudamericanas. Tenía la esperanza de obtenerlas de las legaciones en Berna. Por haber trabajado durante unos meses en una parroquia de la ciudad, me ubicaba en ella con cierta facilidad. Me encargaron viajar con el Padre Kentenich a Berna, visitar con él las diversas misiones diplomáticas y servirle de intérprete.

Desde la partida no le tenía muy buena espina al asunto, ya que el Padre Kentenich debía obtener en forma perentoria esas visas antes del mediodía (por la tarde los consulados estaban cerrados), pues el vuelo ya estaba reservado para el día siguiente. Expresé al Padre Kentenich mis dudas de si podríamos alcanzar, en tan poco tiempo, nuestro objetivo. Me tranquilizó diciéndome que todo andaría bien.

Partimos hacia Berna con el tren expreso de las 8 de la mañana. Me intrigaba saber de qué hablaríamos en el tren. Apenas éste se puso en movimiento, me preguntó si durante mis estudios había escuchado algo sobre los carismas. Le contesté que sí. Hacia el final del Tratado de las gracias, el P. Ramírez, nuestro profesor de Moral, español y magnífico maestro, se había referido brevemente a los carismas. Basándose en la doctrina de Santo Tomás de Aquino, se concentró sobre todo en mostrarnos en que se fundamentan los diversos carismas, cómo fueron tratados por Santo Tomás y a cuáles carismas se refiere San Pablo en su primera carta a los corintios. Nada habíamos escuchado del hecho de que también hoy en día existen carismas en la Iglesia, y de la importancia que tienen para su vida y desarrollo. Justamente esto fue lo que el Padre Kentenich me mostró, y deduje de sus palabras cuánto le interesaba la cuestión del rol que juegan los carismas en la Iglesia actual. En aquel momento no pude captar la importancia existencial que este tema tenía para el Padre Kentenich y para la Iglesia. Ya que con anterioridad al Vaticano II la existencia e importancia de los carismas no gozaban de reconocimiento general. La grande y dolorosa confrontación que el Padre Kentenich habría de sobrellevar con autoridades de la Iglesia de ese entonces nació justamente del hecho de que dirigentes de aquel momento no comprendían ni sabían valorar la importancia que en general tienen los carismas para la Iglesia, ni la particular misión carismática del Padre Kentenich. Yo tampoco veía entonces con claridad esas conexiones. Consideré la exposición del Padre Kentenich sobre ese tema como un valioso e interesante complemento a lo que al respecto había escuchado en la Universidad.

Llegados a Berna nos dirigimos primero a la Nunciatura apostólica. El Padre Kentenich consideraba conveniente —así se lo habían aconsejado— obtener ante todo una recomendación del Nuncio. De esta manera podría obtener las visas más fácil y rápidamente. Lo que hubo de habernos ayudado resultó más bien un

obstáculo para obtener las tres visas antes del mediodía. Aquella mañana el Nuncio no se encontraba en su casa, y su secretario se negó a darnos una recomendación, pues luego de un minucioso examen había descubierto un error en el pasaporte del Padre Kentenich. De esa manera tuvimos que ponernos en marcha hacia los consulados sin su recomendación, habiendo perdido además, en la larga espera, un tiempo precioso. Afortunadamente todos los consulados se hallaban en el sector de Kirchenfeld —en el así llamado barrio de los diplomáticos—no demasiado lejos unos de otros.

Al tocar el timbre en el primero de ellos apareció un empleado. Al explicarle lo que queríamos respondió inmediatamente diciendo que le era imposible satisfacer nuestra petición: sólo el diplomático podía extender tal visa, y éste aún no había aparecido, probablemente estuviera aún durmiendo en su casa. El Padre Kentenich le dijo: "Entonces dénos, por favor, su dirección, vamos a ir a verlo a su casa". Recibimos el dato y partimos enseguida en esa dirección. Para mis adentros temía que el diplomático fuera a disgustarse por el hecho de que lo fueran a buscar a su casa, sacándolo quizás de la cama. Llegados a su puerta toqué el timbre con cierto malestar. Momentos después apareció un empleado en uniforme, preguntándonos qué queríamos. Le aclaré que el Padre tenía que viajar al día siguiente a Sudamérica y necesitaba para ello una visa y si sería posible que el cónsul le extendiera ese requisito allí en su casa. El empleado dijo en seguida que transmitiría ese deseo a su jefe y subió al piso superior. Pronto lo vimos regresar, diciéndonos que el cónsul en persona bajaría a atendernos. Y he ahí que lo vimos bajar la escalera en batón, nos preguntó amablemente qué deseábamos y partió—como si se tratase de la cosa más natural del mundo— con el pasaporte del Padre Kentenich a su oficina, trayéndolo poco más tarde con la visa concedida. Se lo agradecemos mucho. Al hallarnos nuevamente en la calle me dijo el Padre Kentenich: "Ve Ud., todo está preparado. Si está en el plan de la Providencia que yo viaje mañana para Sudamérica, todo lo que sea necesario se hará a tiempo. Verá Ud. que antes del mediodía tenemos las tres visas"

Caminamos hasta la próxima embajada. Allí tuvimos que esperar un poco, haciendo cola hasta que nos atendieron. Pero recibimos la visa sin dificultad. Entre tanto ya habían pasado las doce y teníamos un camino bastante largo hasta la tercera representación. Sabía que éstas cerraban a las 12.00 o 12.30 y le dije al Padre Kentenich mis dudas de si alcanzaríamos a obtener aún la tercera visa. El seguía lleno de confianza. Por fin llegamos. En la puerta un letrero decía: abierto hasta las 12.30. Según mi reloj ya eran las 12.45. Le dije al Padre Kentenich: "Ya es muy tarde". Con total seguridad me respondió: "Llamemos de todas maneras". Toqué el timbre. Apareció un empleado. Me disculpé de que hubiéramos llegado tarde, explicándole lo que queríamos. Ante mi asombro no dijo ni dejó traslucir disgusto o rechazo alguno sino que, como si nos hubiera estado esperando, sin decir palabra, partió con el pasaporte a su escritorio, regresando momentos después con la visa concedida. Ya de nuevo en la calle, con el corazón aliviado, comenté: "Es increíble que en poco tiempo hayamos obtenido las tres visas sin dificultad y sin recomendación del Nuncio". Pero el Padre Kentenich no manifestó al respecto asombro alguno. Seguramente más de una vez había experimentado

cómo cosas imposibles se tornan posibles cuando uno se orienta totalmente según el plan de la Providencia divina.

Lo que pasó con las tres visas dejó en mí una doble huella: la primera es que adquirí un gran respeto por el Padre Kentenich, que con tanta tranquilidad supo actuar sobre la base de que todo iría bien, a pesar de que, calculando humanamente y según mi experiencia, la cosa no debería haber resultado. La forma notable cómo esa mañana todo se fue dando "al cronómetro", cómo todas las dificultades se solucionaban por sí mismas, fue para mí una señal de que el Padre Kentenich era un hombre de la Providencia, es decir, un hombre en cuya vida la acción de la Providencia divina se ponía de manifiesto de manera especial. La segunda es que a través de esta experiencia con el Padre adquirí un poco más de confianza en la Providencia de Dios.

Tras haber concluido con éxito nuestra empresa, le sugerí al Padre Kentenich que fuéramos a servirnos un buen almuerzo en el restaurant de la estación de Berna. Me respondió que las Hermanas le habían dado unos sándwiches que alcanzarían para los dos. Y proponía que fuéramos a sentarnos al banco de una plaza, conformándonos con lo que teníamos. Por supuesto que acepté la propuesta; aún hoy día podría indicar el banco en el cual nos sentamos y comimos el frugal almuerzo. Fue en el parque entre el palacio de gobierno y la Iglesia de la Trinidad, en el así llamado "kleinen Schanze" (pequeño fortín). En días lindos desde allí uno puede gozar una magnífica vista de los Alpes nevados de Berna, que se divisan a lo lejos. Hablé poco durante aquel almuerzo y también el Padre Kentenich comió lo suyo en silencio. (Cuando se experimenta en forma tan palpable la acción de la Providencia divina, lo mejor es callar). Con el primer tren expreso regresamos a Friburgo.

El segundo encuentro que quisiera contar brevemente fue cuando vi al Padre Kentenich en el Berg Schoenstatt, por primera vez, luego de su regreso a Milwaukee. Habían pasado más de 15 años desde que lo viera por última vez. ¡Qué no habían tenido que pasar en ese tiempo él y la Familia de Schoenstatt! Estaba ávido de saber cómo se vería luego de catorce años de destierro. Había regresado a Schoenstatt en la Nochebuena de 1965 y en la primavera de 1966 pude viajar una vez más a Schoenstatt. La misma mañana de mi arribo iba a poder verlo en la casa de formación de las Hermanas en el Berg Schoenstatt. Se me había dicho que podría saludarlo en el corredor, cuando regresara de la sala de conferencias a su cuarto. Al entrar en la casa y el corredor de las Hermanas me sentí primero desengañado. Me había hecho la esperanza de poder saludarlo y conversar un poco con él en forma personal. Pero de hecho me encontré con un numeroso grupo de Hermanas en la escalera y el corredor. Aquí formaban como una pared que también esperaba al Padre Kentenich. Y se veían también algunos laicos. Y en medio de tanta gente debía ver y saludar de nuevo al Padre Kentenich.

Rápidamente había aceptado la situación —mejor así que nada—. Desde el fondo del corredor lo vi avanzar hacia el grupo que lo esperaba, saludando aquí y allá a

una Hermana, que seguramente lo veían de nuevo por vez primera. Al acercarse lentamente, me pareció como si fuera un ser de otro mundo, como si regresara de una visita al cielo. Ciertamente, comparándolo con mis recuerdos cuando lo acompañe a Friburgo, se veía de más edad. Pero no fue eso lo que más me impresionó. No. Sino que irradiaba como un estar transfigurado, penetrado por la paz celestial, por una bondad y alegría celestiales. Cuando me divisó —en forma repentina e inesperada— me saludó cordialmente, en forma tan evidente como si el día anterior nos hubiéramos visto por última vez, como si en seguida pudiéramos reanudar el diálogo donde lo habíamos dejado hacía muchos, muchos años. El largo periodo intermedio, con sus duras pruebas, se había como esfumado.

En aquella ocasión, en el corredor rodeado de Hermanas, no pude conversar personalmente con él. Sólo nos saludamos, pero enseguida me invito a almorzar con él. En el largo viaje desde Suiza a Schoenstatt había hecho algunos apuntes en relación a las cuestiones que quería tratar con él. Pero al estar sentado junto a su mesa deje de lado todos estos problemas y le conté libremente de esto y de lo otro, lo que a él le interesaba. Me pareció que muchos problemas simplemente se resolvían por el hecho de estar de nuevo presente entre los suyos. Su persona me parecía como una garantía de la presencia y de la acción de Dios en este mundo y en la vida de los hombres. Y quien cuenta con esta existencia de Dios, ve solucionados muchos problemas sin que tenga que hablar mucho de ello o pensar en ellos día y noche. En el curso de los últimos años de su vida aún pude estar varias veces con el Padre Kentenich. Estos encuentros despertaron y fortalecieron en mí la fe y la confianza en la presencia serena, pero real y poderosa de Dios en este mundo, mucho más que todos los libros y clases que había leído o escuchado sobre la presencia y acción de Dios en esta tierra.

EL REGRESO DEL PADRE

P. HERNÁN ALESSANDRI chileno,
Padre de Schoenstatt. Director del Movimiento de Peregrinos en Bellavista.
Asesor de Matrimonios en la Zona Oeste de Santiago. Consultor teológico de la Comisión Pontificia de la Familia y Asesor de la Comisión Nacional de la familia, Profesor de Eclesiología en el Seminario Pontificio. Miembro del equipo de reflexión teológico pastoral del Celam.

El P. HERNÁN ALESSANDRI, tuvo la oportunidad de estar junto al Padre Kentenich cuando éste recibiera —el 13 de Septiembre de 1965— un telegrama que le ordenaba trasladarse a Roma. El Padre partió de Milwaukee, por avión, en la mañana del 16 de Setiembre, haciendo una escala de horas en New York. Los tres últimos días de su largo destierro en Milwaukee estuvieron llenos de actividad y emoción. El P. Hernán escribió desde New York una detallada crónica sobre aquellos momentos, que transcribimos, parcialmente.

Septiembre 14:

...Y allí estaba el Padre; en medio de un revoltijo de cajones, cajas y libros desparramados por todos lados, él irradiaba serenidad. Yo hacía cuatro años y medio que había estado en esa pieza, que ha sido testigo de tantas cosas, y quería fotografiar allí al Padre antes de que todo se desarmara. Con cierta timidez le pregunté si tenía tiempo para tal cosa y dijo que por supuesto, que él siempre tenía tiempo para todo. (Antes, por teléfono, yo le había hablado un par de frases y, al felicitarlo, él me respondió que también me felicitaba a mi porque esto era un regalo para toda la Familia). El Padre estuvo poco con nosotros, pues se retiró luego a su dormitorio, vecino al escritorio, pero esos cortos minutos me sirvieron para conocerlo mucho mejor que en las conversaciones de los días anteriores. En éstas había podido ya apreciar su claridad de ideas, su respeto, su interés personal por toda la vida que la Mater despierta en la Familia, aún en sus formas más pequeñas e intrascendentes (con todo goza, de todo quiere ser informado y escucha siempre como si se tratara de la cosa más importante del mundo). Pero, a pesar de todo, una conversación que oficialmente es tal, se mueve siempre dentro de ciertos límites -más o menos convencionales- y no permite conocer mucho a la otra persona más allá de lo que ha conversado. En cambio el ver a alguien en medio de los problemas de la vida diaria, enfrentándose a situaciones imprevistas, teniendo que acomodarse a diferentes tipos de personas y circunstancias, eso revela lo que verdaderamente se es y se tiene en el corazón. Y esa fue la gran gracia de estos días.

...Esa noche arreglando su escritorio, comencé a conocerlo en esta forma. Como ya les dije, lo primero que me impresionó fue su serenidad y paz. Tener que partir a Europa de un día para otro es cosa complicada, más todavía en las circunstancias del Padre. En torno a él todos se movían con la agitación típica del preparar maletas. Había cierto nerviosismo normal en tales situaciones. El, en cambio, como si nada hubiera pasado. Daba las instrucciones necesarias con gran tranquilidad, con voz muy suave. Si alguien le interrumpía preguntándole otra cosa, contestaba con gran amabilidad y permanecía dueño de sí mismo y de la situación en forma admirable. Así se mostraría después durante todo el viaje: su paz, su dignidad, su afabilidad paternal no se la quita nada ni nadie.

Septiembre 15:

La Misa de la Virgen Dolorosa la rezó el Padre como de costumbre, a las 5.50 AM en el Santuario. Tal vez la Mater quiso decirle que los pasados años de destierro habían querido ser una asociación de él al dolor de ella, una participación en la probada entrega de ella a la Obra del Señor. Y así como el Padre había insistido en sus pláticas de los domingos que los misterios de la Cruz y de la Resurrección formaban una indivisible unidad, así esa Misa de la Virgen Dolorosa tuvo para todos nosotros un especial sabor a Magnificat. . .

Septiembre 16:

Por fin amaneció el 16, el gran día... Con la experiencia del día anterior, yo llegué al Santuario con 20 minutos de anticipación y me ubiqué en un buen puesto, desde donde pudiera obtener con mi máquina buenos recuerdos para Uds. de esta última Misa del Padre en Milwaukee. . . Esta era con ornamentos rojos: la fiesta de los mártires Cornelio y Cipriano, el gran Doctor de la Unidad de la Iglesia. La Misa fue muy simple, a las 5.50, como todos los días. A mí me impresionó especialmente escuchar al Padre leer la epístola: "Las almas de los justos están en la mano de Dios y no llegará a ellas el tormento de la muerte. A los ojos de los insensatos pareció que morían; y su tránsito se juzgó una desgracia y como un aniquilamiento su partida de entre nosotros; más ellos, a la verdad, reposan en paz. Y si delante de los hombres padecieron tormentos, su esperanza está llena de inmortalidad. Su tribulación ha sido ligera, mas su galardón será grande, porque Dios hizo prueba de ellos y hallólos dignos de sí. Probólos como el oro en el crisol, y los aceptó como víctimas de holocausto; y a su tiempo se les dará la recompensa. Brillarán los justos como el sol y como las centellas que discurren por un cañaveral. Juzgarán a las naciones y Señorearán a los pueblos, y su Señor reinará eternamente" Si esa "partida de entre nosotros", que pareció un aniquilamiento, es entendida como el destierro, entonces este texto (Sate. 3,1-8) no es sino el comentario y a la vez la descripción más fiel de lo que ha sido la historia y actitud del Padre en los últimos años. Milwaukee fue su crisol de prueba pero, al mismo tiempo, un lugar de inalterable reposo para su alma "en la mano de Dios".

Y el Evangelio: "...Pero antes de todo ésto se apoderarán de vosotros y os perseguirán, y os entregarán a las sinagogas y cárceles y os llevarán a los reyes, gobernadores por mi nombre, lo cual servirá para dar testimonio de mí. Grabad, pues, en vuestros corazones el no discurrir de antemano como habéis de responder, pues yo os daré boca y sabiduría a la cual no podrán resistir ni contradecir todos vuestros enemigos (y así ha sido). Y seréis entregados por vuestros padres, y hermanos, y parientes y amigos (desgraciadamente, esto también se realizó en la historia del Padre) y harán morir a muchos de vosotros. Seréis odiados de todos por amor de mí, pero ni un cabello de vuestra cabeza se perderá. Mediante vuestra paciencia salvaréis vuestras almas ". (Luc. 21, 9-19). La Misa terminó más tarde que de costumbre pues comulgó mucha gente.

El Padre llegó a las 8.00 A.M. al Santuario y se arrodilló en el banco del medio, a la derecha. Al entrar, le habían regalado un ramo de rosas rojas. Rezó una corta oración, después se cantó y dio la bendición. A la salida de nuevo los saludos y las fotos. Pero ésta no tuvo para nadie el carácter de una separación, pues todos los allí presentes lo siguieron hasta el aeropuerto en una verdadera caravana de automóviles. Allá comenzó el asombro de la demás gente. Al ver esta multitud de gente que entraba rodeando a un padrecito de barba blanca al que fotografiaban más que a un cosmonauta o actor de cine (disculpen la comparación, pero he tenido que hacerla en categorías norteamericanas). La llegada al aeropuerto fue como a las 8.35 y 30 minutos más tarde debíamos subir al avión. Aquí tuvieron los empleados de la Northwest su segunda gran sorpresa, cuando ese regimiento de Hermanas Marianas, se negó a quedarse detrás de la puerta de salida y, ante la

impotencia del controlador de boletos, se precipitó con nosotros hasta la escalera misma del avión. El Padre subió lentamente y saludaba y hacía la V de la victoria. La Familia, al pie de la escalera, cantaba: allí pudimos sentir también que esa hora de alegría era una hora de dolor. Muchos ojos estaban llenos de lágrimas. Pero por sobre la alegría y el dolor de la separación, todos nos uníamos en gratitud a la Mater por su fidelidad.

El primer indicio de que se trataría de una jornada excepcional lo tuvimos al desembarcar. De nuestro avión no debíamos descender por escalas, sino pasar, simplemente, por un pasillo en forma de tubo, desde el interior del avión hasta la sala misma de recepción de pasajeros. Con el P. Jaime fuimos los primeros de nuestro grupo en salir y nos encontramos con el P. Carlos Boskamp, el P. Juan Sartor... rodeados de unos 40 portorriqueños (todos obreros y gente muy sencilla), casi escondidos detrás de un muro de máquinas fotográficas con los flash a punto. Cuando el Padre apareció en el fondo del tubo de desembarque, entonaron con entusiasmo "Schoenstatt, mi gran amor verdadero" y, al llegar el Padre junto a ellos, los gritos de "Viva la Mater", "Viva el Padre Fundador" hicieron retumbar la amplia sala del aeropuerto. Mucha gente sorprendida se acercó. Yo estaba feliz. Después de tantos años en los "sobrios" países del Norte, en el lugar más inesperado, me encontraba viviendo una escena de entusiasmo schoenstattiano de éstas que no se encuentran sino en los momentos culminantes de nuestros campamentos. Y cuando mi corazón volaba inconscientemente hacia esas horas inolvidables de Campamento, ¿Qué escuchamos? "Mis hermanos de Schoenstatt", cantado a pleno pulmón por ese puñado de humildes obreros portorriqueños, en el medio del aeropuerto Presidente Kennedy de Nueva York. ¿Y después? " ¡En vida y en muerte!" ¡De nuevo nuestro primer Panguipulli saludando al Padre! Y luego "Caminando", un himno de Esteban que a los portorriqueños les gusta mucho y más gritos de "Viva el Padre" y "Viva la Mater". Era un entusiasmo tan espontáneo y de gente tan sencilla y cuyo corazón se sentía tan "nuestro", que emocionaba. Después de mucho tiempo volví a encontrar hombres y mujeres que eran capaces de entusiasmarse por la Mater hasta las lágrimas, que no tenían ninguna vergüenza de dejar correr. Me acordé de los primeros tiempos de Córdoba.

Del aeropuerto partimos en auto a Staten Island, a la casa que las Hermanas acaban de comprar allí, después que el Cardenal Spellmann las autorizó a establecerse en su diócesis. Al llegar el Padre a la casa, lo llevaron de inmediato a la capilla, que estaba engalanada de fiesta (era el antiguo salón). Allí había un gran altar, con el cuadro y el marco de tamaño original y, a los pies, sobre un cojín rojo, una corona que la Hermana M. Emilie le envió al Padre hace años para que él la regalara al Santuario que quisiese. El Padre rezó un poco, cantó y luego el Padre anunció que la corona sería para el Santuario de Nueva York...

Durante la comida (almuerzo), con el P. Jaime no le perdimos al Padre ni palabra ni movimiento. La impresión fundamental fue la de siempre: paz, dignidad y delicadeza, gran afabilidad con todos. Impresiona la armonía que reina en él entre una reciedumbre capaz de soportar Dachau y una delicadeza extrema, maternal.

Es todo un hombre, pero con alma de una finura y de un respeto sin igual. En una palabra: es una encarnación preclara de la perfecta personalidad Mariana. Esto se transparentaba en cada gesto suyo, en su conversar, en su escuchar.

Pero lo más lindo del día comenzó después del almuerzo. Cerca de las dos se sintió un gran vocerío en la calle y alguien gritó: "Llegó la guagua". La "guagua", para los portorriqueños, como para los demás centroamericanos, equivale a nuestra "micro", y la que acababa de llegar era enorme y traía a toda la Familia portorriqueña, mejor dicho a casi toda, porque algunos pocos, con gran dolor de su alma, no pudieron dejar su trabajo ese jueves (para los que podían, el problema de la pérdida de salario ni se planteó siquiera: por el Padre era evidente que había que hacer cualquier cosa). El Padre bajó hasta la entrada, que tiene una especie de terracita cubierta, y la gente empezó a desfilar frente a él. Muchos no habían estado en el aeropuerto ni habían podido ir nunca a Milwaukee y estaban deslumbrados ante la posibilidad de darle la mano al Padre. Era muy lindo ver cómo éste, a pesar de la barrera del idioma (aunque con algunos hablaba inglés) era capaz de acercarse tan personalmente a todos. Especialmente a los niñitos los trataba con mucho cariño. Uno, al que tomó en brazos, se entusiasmó con la barba y se la tiraba con todas sus fuerzas... Terminados los saludos, pasamos a la Capilla. Algunas Señoras y matrimonios harían su consagración, pero antes el Padre debía predicar y consagrar el Santuario Hogar de las Hermanas (o sea la capilla de la casa).

Al comenzar, dijo que los antiguos israelitas tenían un himno que gustaban especialmente de cantar cuando se reunían en Familia, un himno que decía: "Que hermoso es cuando los hermanos y las hermanas están juntos". Nosotros, esta tarde, trataríamos de cantar ese himno a nuestra manera propia. Luego destacó lo extraordinario del ambiente de la Familia que nos unía, lo extraordinario que era el que la gente venida de lugares tan lejanos, gente que se había visto apenas un par de veces antes o tal vez nunca, pudiera sentirse esa tarde un solo corazón, que palpitaba y vibraba con un solo amor. Esto no podía explicarse naturalmente. Si esa tarde nos sentíamos tan íntimamente Familia y una sola Familia, era porque nos sentíamos hijos de una misma Madre; porque la Mater, desde su Santuario, nos había atraído y atado a ella y los unos a los otros con lazos misteriosos. Pero luego dio a entender que no hablaba de un Espíritu de Familia en general, sino que sentía que lo que en esos momentos estaba viviendo con los portorriqueños era algo especialísimo, aún dentro del mismo Schoenstatt. El Padre estaba verdaderamente asombrado ante la filialidad encendida y la entrega simple y radical de esa gente. . . Volvió a evocar la escena del aeropuerto, la del encuentro al descender del bus y, sobre todo, a insistir en la extraordinaria conciencia de unidad, de pertenencia común que todos sentían (en realidad, eso era lo más maravilloso pero, desgraciadamente, había que estar allí para "sentir" cómo esos humildes obreros y sus Familias sentían al Padre tan "su" Padre y estaban realmente decididos a darlo todo por él... El Padre dijo que quería señalar especialmente dos razones que le parecía podían explicar el misterio de lo que estábamos viviendo. La primera era que Dios había querido regalarle a sus hijos latinos ("romanos" dijo él), especialmente a sus hijos portorriqueños, un profundo y

auténtico espíritu filial. En seguida habló de lo que los niños significan para Cristo, de cómo el hacerse niños era condición esencial para entrar al Reino del Señor. Evocó la escena en que el Señor mostró un pequeño niño que estaba junto a sus Apóstoles, como encarnación del ideal a que ellos debían aspirar (en vez de haber propuesto como modelo a David, los Macabeos u otro héroe de la historia de Israel) y tomó a una niña de la mano y pidió a los portorriqueños hacerse interiormente como ella, aunque exteriormente tenían que ser fuertes como robles. Luego dijo que la Mater había tomado la misma jerarquía de valores que el Señor, y que Ella, desde todos sus Santuarios de Schoenstatt, no hacía otra cosa que gritarle a los hombres: "Hacéos niños, que si no, yo no puedo usaros para mi Reino; si os hacéis niños, en cambio, os daré una misión y os enviaré a todas las partes del mundo donde haya niños también". "El también se apropio de las palabras del Señor y dijo a la gente: "Ya lo saben: si ustedes no son niños, no me sirven "

La segunda explicación que él buscaba para ese fuerte espíritu de Familia la veía en el hecho de que los portorriqueños estuvieran lejos de su tierra natal, lo que dejaba siempre en el corazón un fuerte anhelo de hogar. Aquí les podría estar yendo económicamente muy bien pero "no sólo de pan vive el hombre" y este sentirse en cierta manera extranjeros les hacía especialmente sensibles a todo lo que supiera a patria y familia. Luego dijo que la Mater, desde todas las distintas formas de Santuario (original, nacionales o familiares) y también desde el Santuario que es el corazón de cada schoenstattiano, repartía las mismas gracias y que esas gracias eran las que nos habían forjado a todos una Familia. En eso la niña que había tomado de la mano comenzó a llorar. Algunas personas se pusieron nerviosas frente a tal interrupción. Pero el Padre agarró pie en esto y siguió: "Si no os volvéis como los niños. . . Ya ven lo que los niños hacen: lloran y gritan. Uds también tienen que llorar y gritar para que la Mater los escuche. Porque ya han llorado mucho, por eso ella me permitió venir hasta aquí, pero tienen que seguir llorando y gritando mucho más para que yo vuelva otra vez y pueda ver levantándose los muros de un verdadero Santuario aquí en New York, al que a lo mejor puedo hasta consagrar". (Aquí lo interrumpieron exclamaciones de entusiasmo). Luego les dijo que su visita se explicaba también porque todos nosotros, en cuanto católicos y schoenstattianos, éramos gente bien educada, y ya que ellos, o un gran número de entre ellos por lo menos, lo habían visitado a menudo a Milwaukee, él se había visto obligado a devolverles la visita. Aquí expresó de nuevo su sorpresa ante el hecho de que gente tan sencilla se hubiera decidido a emprender un viaje de 20 horas en bus para ir a verlo a él y a la Mater (y varios han ido varias veces y lo llamaban por teléfono para felicitarlo en cada fiesta importante). Se veía que el Padre estaba emocionado y admirado y volvía siempre sobre lo mismo: que era un milagro, que los países latinos tenían un espíritu especial que constituía un extraordinario regalo de Dios, que había que ser niños. Luego agradeció todos los sacrificios materiales que les había costado esta "segunda Candelaria" y les habló de su misión frente a New York, destacando lo hermoso que era el que la Mater, aquí, en la ciudad más grande del mundo, los hubiera escogido a ellos, el grupo más pobre, más humilde, más aislado y tal vez más despreciado, y les hubiera dado la misión de hacerla establecerse aquí con

su trono de gracias. Luego se dio vuelta hacia la Mater y le hizo una oración muy hermosa en que le dijo que porque ella también había sido pobre y también había estado de peregrina en una tierra extraña, por eso se había sentido tan identificada con el alma de su pequeña Familia portorriqueña, ella que había pregustado todos los dolores y sufrimientos de los hombres. Luego tomó en sus manos la corona y le dijo: "Como somos hijos del pueblo no nos da vergüenza hablarte en un lenguaje popular. Mira esta corona. Es muy hermosa. Pues bien: te la damos si tu nos regalas un Santuario. Ya sabes: ¿quieres tener una corona? ¿quieres tener esta hermosa corona? Danos entonces el Santuario. Si no te quedarás sin corona". En seguida bendijo la 'capilla' y, para terminar, se dio vuelta hacia la gente y les dijo: "Es bleibt dabei, wir bleiben treu" Todos tuvieron que repetir después con él, en castellano: "Quedamos en eso: permanecemos fieles; fieles a la Mater, fieles al Santuario, fieles a la dirección de la Familia, fieles entre nosotros mismos". Y por último, los hizo repetir también (aunque el entusiasmo era tal que daban gritos): "Permanecemos sencillos, ingenuos y fieles". Nos cum prole pia. . .

A continuación vino la presentación de los niños, que el Padre tomaba en brazos y ofrecía a la Mater. . . Luego tuvieron lugar las consagraciones. Las oraciones impresionaron tanto por lo profundamente schoenstattianas que eran (a pesar del lenguaje popular, a menudo con muchas incorrecciones gramaticales) como por lo del fondo del corazón que les salían. Había gente que lloraba de alegría. Se volvieron a cantar algunos cantos de los nuestros y el Padre dio la bendición que, a la vez, era la voz de partida para la segunda estación de esa tarde: la primera Candelaria, aquí en Brooklin. Antes de partir el Padre conversó otro poco con la gente, con los enfermos y los niños.

El Padre viajó desde Staten Island hasta Brooklin en un ómnibus que llevaba a los portorriqueños.

Sin duda alguna, esa hora de viaje, sólo con el Padre entre los portorriqueños. . . fue para mí una vivencia más extraordinaria de todo ese día de gracias. . . Creo que todas las experiencias de esa hora inolvidable se pueden reducir a esta sola: la Mater me permitió ver cómo se le daba amor al Padre y cómo —con qué calor, finura y elevación— el lo recibía y conducía más arriba. Desde que partimos hasta que llegamos los portorriqueños cantaron y cantaron... El Padre los miraba dichoso... y me comentó: "Mire cómo les brillan los ojos". A mí casi me dio risa porque a nadie le brillaban más que a él. Una señora muy espontánea y simpática le había compuesto un canto especial y se lo cantó. Después se quedó un buen rato junto a él y lo contemplaba con un cariño que emocionaba. Luego le dijo: "Ay, Padre, estoy que me muero de amor y de alegría, ¡que maravilla es la Alianza de amor!". Y como eso no le bastaba para demostrarle su cariño, comenzó a acariciarle el brazo al Padre. Pero lo hacía con un respeto religioso que impresionaba: apenas le tocaba la manga con la mano, a la vez que con gran calor humano, con gran finura. Pero tal vez más hermosa que la actitud de ella era la del Padre, la tranquilidad, la dignidad transparente, profundamente cercana y, a la vez, virginalmente intocada, con que el Padre recibía todo eso. Creo que fue

esa imagen del Padre, con esa serenidad, esa cercanía humana y esa misteriosa distancia de persona consagrada, en los momentos en que esa mujer del pueblo le hacía cariño, fue lo que se me quedó más grabado de todo el día...

En el aeropuerto el Padre estuvo hasta el último minuto rodeado de todo un escuadrón de acompañantes. Como en Milwaukee y a la llegada de New York, toda la gente se extrañaba y se preguntaba quién era ese padrecito de barba blanca al que le tomaban tantas fotos. Seguramente, para muchos, el hecho de que la gran mayoría de su bullicioso séquito estuviera formada por portorriqueños lo hacía algo sospechoso. A los visitantes se les rogaba despedirse de los viajeros en un salón, pero por supuesto que la recomendación no la escuchó nadie y acompañamos al Padre hasta donde se pudo. . . (Nos despedimos de él entre cantos). Reinaba una enorme alegría, aunque también cierta pena... Apenas el Padre entró por la última puerta que lo separaba de nosotros, comenzó la carrera hacia la terraza de observación. Desde allí vimos entrar en el avión a nuestros cinco viajeros: el Padre, el P. Alex, el P. Jung, la Hna. Winifred y María Kleinmeyer, la secretaria. Pronto reconocimos, en la quinta ventanilla desde la cola, el pañuelo del Padre. Seguramente hacia la V de la victoria, pero ya estaba oscuro y no se veía. Los motores rugieron y el avión se puso en marcha. Había una cola de por lo menos siete enormes aviones a chorro esperando su turno para partir. El tráfico era increíble. Cada dos minutos despegaba un avión, dejando espacio para que entre medio aterrizara otro. Tras unos diez minutos le tocó el turno al del Padre y se elevó rumbo al sol que se ponía, en el oeste. Brilló unos momentos contra el cielo naranja y dorado y, describiendo una gran vuelta, enfiló hacia el este y se fue perdiendo lentamente en la noche. El Padre había partido.

EL PADRE KENTENICH, FUNDADOR DEL MOVIMIENTO DE SCHOENSTATT

Monseñor BERNARDINO PIÑERA chileno,
Obispo. Es actualmente Secretario de la Conferencia Episcopal de Chile.
El presente artículo salió publicado en el diario "El Mercurio " pocos días después de la muerte del P. Kentenich

El día de los Dolores de la Virgen, a la que tanto amó, en la cumbre de la montaña de Schoenstatt, al terminar la celebración de la Misa en la Iglesia grandiosa que corona su obra, pasó de esta tierra, donde tanto sufrió y luchó, al cielo donde la Virgen Santísima lo esperaba para llevarlo al seno de la Santísima Trinidad, el Fundador de uno de los movimientos espirituales más vigorosos de nuestro siglo, el Padre Kentenich.

Pocos hombres habrán tenido en nuestro tiempo una vida tan extraña y a la vez tan llena. Varios años de indecibles sufrimientos en el campo de concentración de Dachau, 14 años de silencio y de destierro en una parroquia en el norte helado de los Estados Unidos, la división de la comunidad religiosa a la cual él entregó su vida y lo mejor de su apostolado, ser un signo de contradicción para muchos hombres, y por otra parte ver crecer con un vigor extraordinario la Obra por él creada, en medio de la incomprensión de muchos y de la hostilidad de unos

pocos, dejar una obra escrita gigantesca, ejercer una profunda influencia en decenas de miles de hombres y mujeres, y todo esto sin perder la serenidad, la gentileza, la mansedumbre que le caracterizaron. Este fue el contradictorio sino del P. Kentenich.

Estuve varias veces con él en el curso de los últimos 20 años, y hace algunos meses conversé largamente con él en Schoenstatt. Admiré en un anciano de 82 años el vigor del pensamiento, la claridad intelectual, la prodigiosa memoria, la serenidad, la paz interior, la seguridad del apoyo del Espíritu Santo y de la Virgen Santísima a su Obra, y hasta un discreto sentido del humor que agregaba una dimensión humana a su noble figura de profeta, y aún podríamos decir, de mártir.

Ha muerto en plena acción, con el mismo entusiasmo de su juventud, en la cumbre material y espiritual de su Obra, en un momento en que las comunidades que le siguen están suficientemente firmes para seguir adelante y en que la presencia del Padre Fundador en el cielo les consuela y les compensa ampliamente de su ausencia en la tierra.

El porvenir dirá el destino de su Obra. Pero oí más de una vez en Alemania, y en labios de personas ajenas al movimiento, esta reflexión: el movimiento de Schoenstatt es ciertamente el más fuerte movimiento de renovación espiritual en la Alemania de hoy.

ESTOY CONTIGO, ETERNAMENTE, ETERNAMENTE...

P. CLAUDIO GIMÉNEZ, paraguayo,
Padre de Schoenstatt. Asesor del Movimiento en Paraguay.

Con una carta del Director Espiritual en el bolsillo partí para Schoenstatt. No hacía mucho tiempo que estaba radicado en Munster (Westfalia) y mi alemán era pésimo. Aparecí en el monte Schoenstatt una mañana temprano dispuesto a ayudarlo la misa al Padre. No tuve que hacer muchos trámites. La misa del Padre fue sencilla, nada especial. Al terminar lo acompañe a la Sacristía y allí me invito a desayunar con él.

Entre la invitación y el desayuno transcurrieron varios minutos: no sabía que hacer... ¡mi alemán era tan malo! ¿Cómo iba a comunicarme con el Padre con claridad? Llegó la hora y me metí. Al comienzo, puras sonrisas: no sabía cómo empezar... Rezamos y el Padre me sirvió el café y me ofreció cosas. “Coma, coma” —me dijo amablemente—. Pero la insinuación no tuvo ecos. No sentía el más mínimo apetito en ese momento. Mi interés era otro: contarle mi vida, preguntarle muchas cosas y escucharle hablar. Empezó preguntándome de dónde venía. Me pidió le hablase de los míos. Respondí no se cómo. Sólo sé que me comprendió. Porque se animó a hacerme más preguntas, ya más profundas.

Contesté a todas. Y él me escuchaba con un profundo respeto, cerrando los ojos, plenamente concentrado. En ese instante tuve la sensación que jamás había experimentado en mi vida ante otro sacerdote: para el Padre yo era lo más importante del mundo; me sentí, como nunca, valorado y captado por alguien.

¿Terminó? Si, Padre. Y empezó en alemán; pero, pocos segundos después pasó al latín, porque mi alemán... Me dio indicaciones precisas y sencillas, nada del otro mundo. Pero en la sencillez radicaba su sabiduría. Cuando terminó me preguntó si había comprendido. Le dije que sí. No importa, le voy a repetir. Saqué entonces un papel y empecé a tomar notas.

Cuando terminó volvió a preguntar. ¿Pudo comprenderlo todo? Respondí afirmativamente. Pero como si no le hubiera dicho nada, ¡empezó por tercera vez! y con otras palabras... Dejé mis apuntes y le escuché atentamente, sorprendido de esa enorme paciencia. Entretanto había transcurrido una hora. Como había comido poco y nada, el Padre volvió a insistir, ofreciéndome más cosas... Terminé pidiéndole la bendición y salí feliz, con un racimo de uvas en la mano.

Pasaron muchos meses y un día volvimos a vernos. Esta vez no iba solo y ya hablaba alemán. Entramos el Padre Antonio Cosp y yo a una salita de la casa de los sacerdotes diocesanos en Schoenstatt (Marienau se llama). Al entrar, el Padre me pregunta: ¿Y cómo le va? (como si nos hubiéramos visto el día anterior). Le contesté que mi respuesta venía en lo que íbamos a realizar con él en ese momento. A lo que respondió: ¡Deo gratias!

Apenas le explicamos que nuestro deseo era rezar ante él una oración de entrega a la Mater, se hincó de rodillas antes que nosotros, y juntos los tres empezamos a rezar. Al terminar, le pedimos nos escribiera algunas palabras en nuestros respectivos "Himmelwärts" (Hacia el Padre). A mí me puso lo siguiente: ¡TECUM SUM IN AETERNUM ! (¡Estoy contigo, eternamente!).

En Setiembre del 68 me hallaba haciendo vacaciones en Schoenstatt y estudiando algo sobre José Engling en los archivos del P. Menningen. De pronto caen dos seminaristas irlandeses deseosos de ver al Padre y conversar con él. Nos hicimos amigos y logré conseguirles una entrevista. Quedamos en encontrarnos con el Padre una mañana temprano, en Misa. El día fijado al ir a buscarlos, pasé frente a "Marienau" (donde el Padre se hospedaba esos días). Por una de esas cosas que uno no se explica, levanté la vista: desde un balcón me observaba el Padre, y sonriente me saludaba con la mano. Le griteé desde abajo: Wir comen gleich! (venimos en seguida). A lo que él contestó (también gritando): Gut! (¡bueno!). Traje a mis dos irlandeses y entramos en la sacristía. El Padre los saludó con mucho respeto y les preguntó: ¿Rezo la Misa en latín o desean que lo haga en inglés? Ambos seminaristas estuvieron conformes que fuera en latín, y así se hizo. Después de la Misa nos mandó decir que fuéramos a desayunar y que luego iría él a conversar un rato con nosotros. Ya habíamos terminado cuando de pronto golpeó en la puerta y entró sonriente. Se puso a hablar con ellos en ingles. Y de

vez en cuando se dirigía a mí en alemán con mucha delicadeza, para hacerme participar de la charla (sabía que yo no hablaba inglés).

Esto ocurrió unos ocho días antes de su muerte. Fue mi último contacto con él.

El 15 de Septiembre, a la hora del desayuno, llega a Haus Sonneck (la casa central de los Padres) la noticia de su deceso. El P. Humberto y yo nos dirigimos inmediatamente al cerro, a la Iglesia de la Adoración. La hallamos repleta de Hermanas Marianas de la provincia de Metternich, cuyo día estaban celebrando (festividad de la Virgen de los Dolores). Entramos directamente a la sacristía. El impacto fue muy doloroso al ver al Padre tendido en el suelo, ya muerto. Lloré como un niño. Como por un reflejo espontáneo surgió en mi recuerdo la escena de la muerte de mi padre en Asunción, cuatro años antes. Allí nos quedamos rezando y contemplándolo.

Una señora de Frankfurt, revisando sus fotografías, encontró dos que pensó serían de mayor provecho para mí. Se trataba de unas fotos que esta señora me había sacado una vez que fui a ayudarle a otra Misa al Padre. En ellas aparecemos los dos solos, en camino hacia el Santuario del monte Schoenstatt, el Padre revestido de una casulla roja. Estas fotos me fueron entregadas pocos días después del entierro. Personalmente jamás me las imaginé. Fue para mí el primer saludo del Padre desde el cielo, para recordarme su frase: "TECUM SUM IN AETERNUM!".

EL ÚLTIMO ADIÓS AL PADRE

Esta carta fue enviada a la Familia de Schoenstatt en Sudamérica por un estudiante de teología de los Padres de Schoenstatt, narrando las vivencias tenidas a raíz de la muerte y entierro del Padre Kentenich.

Munster, 21 de septiembre de 1968

Queridos hermanos, aún conmovido por las emociones de anteayer y de ayer en Schoenstatt, les escribo estas líneas. Durante las horas de gracias pasadas en nuestro terruño, a menudo me acordé de Uds. y me sentí representándolos. Por eso quiero transmitirles, de alguna manera, lo que me tocó vivir y presenciar. Es imposible hacer una crónica detallada de todos los sucesos desencadenados a partir del domingo último. Me limitaré a narrarles aquello que yo pude vivir más de cerca. Seguramente otras crónicas que se están escribiendo llegarán a vuestras manos, y entre todas se podrá obtener una visión más global del tránsito de nuestro querido Padre y Fundador.

Nosotros partimos de Munster el jueves 19 a las 10 de la mañana en un pequeño ómnibus.

Desde el domingo pasado, en que recibimos la gran impresión de la muerte del Padre, nuestro pensamiento de cada momento fue poder ir a Schoenstatt a decirle nuestro último adiós. Así fue como llegó el momento de la partida acercándonos por la autopista al Rin, divisamos nítidamente la silueta de la Iglesia de la Adoración. En seguida me vino este pensamiento: Allí rezó el Padre su última Santa Misa, allí emprendió su regreso al Padre. Poco después llegábamos a las alturas del Monte Schoenstatt.

Eran poco más de las 15.00 horas. En la Iglesia de la Adoración había mucha gente, sobre todo Hermanas. En ese momento tenía lugar una concelebración de los Padres de la "nueva comunidad". Celebrante principal era el P. Bodo María Erhard, asistido por el P. Günter Boll y el P. Hans Kulgemeyer. El Padre descansaba en el ataúd, mirando hacia el pueblo. Estaba revestido con sus ornamentos sacerdotales blancos. Entre sus manos había un Rosario. Su rostro estaba descubierto, con su blanca barba. Irradiaba gravedad y paz.

En la Iglesia había una atmósfera de recogimiento, de dolor, de paz. Diría que, en medio del dolor, se palpaba una esperanza. El misterio de la muerte del Padre traslucía, de algún modo, el misterio de su resurrección. Poco después tuvimos nosotros, los estudiantes de la parte central y matriz, una Santa Misa. La celebró nuestro Rector, el P. Fred Kistler. Estábamos todos de pie, rodeando el altar. Concluida la Liturgia, fuimos hacia abajo, a la improvisada Sacristía (ya que la antigua, donde cayera el Padre, es ahora su lugar de descanso). En seguida después de lo nuestro había otra concelebración, de por lo menos 20 sacerdotes. El Padre estaba rodeado de una continua corriente de oración.

Hasta las 21.00, la Iglesia estaba abierta para todo el que quisiera visitarla. A partir de entonces hubo horas reservadas para diferentes grupos. De 21.00 a 22.00 estuvo con el Padre el Presidio General. De 22.00 a 23.00 fue la hora reservada para los Padres de Schoenstatt. Concluida la misma, bajé hacia el valle con Horacio Sosa. A cada rato las luces de los coches u ómnibus que subían hacia el Berg Schoenstatt rompían la niebla de la noche. Fuimos hasta el Santuario original. Estaba cerrado, por lo que rezamos afuera. Hacía bastante fresco. Estuvimos caminando un poco por la plaza de peregrinos y luego seguimos hasta Vallendar, buscando un lugar donde poder tomar un café. Así fue como entramos en una pensión y, ¡oh sorpresa! encontramos a Jesús Pagan, que había llegado hacia pocas horas de Puerto Rico.

Poco antes de las 2.00 subimos en auto al Berg Schoenstatt. Ahora se reuniría, junto al Padre una representación de Schoenstatt internacional. Este encuentro había sido organizado por el Padre Humberto. Hubo unos 24 países representados: Austria, Bélgica, España, Inglaterra, Escocia, Suiza, Francia, Italia, Portugal, Alemania, Estados Unidos, República Dominicana, Argentina, Brasil, Chile, Paraguay, Uruguay, Ecuador, Sudáfrica, Australia, India, Filipinas. . . Se

dieron gestos magníficos: la Familia schoenstattiana del Ecuador le había pagado el viaje al P. Germán Pumpin, a fin de que la representara. También Jesús Pagan había llegado de manera providencial.

A la llamada del Padre Humberto, el grupo perteneciente a una nación avanzaba hasta colocarse junto al Padre. Allí se hacía una corta oración o petición. Su tenor dominante fue la gratitud y la fidelidad. Varias oraciones terminaron con "Mors sola" (solo la muerte...). Viendo aquello, era como para pensar en las palabras de Dios a Abraham: "Pues padre de muchedumbre de pueblos te he constituido" (Gen. 17,5). Cada uno habló en su propia lengua. Escuché rezar en alemán, español, portugués, tagalo (de Filipinas), polaco...

Concluimos la hora de guardia cantando el Himno a la Familia en alemán, inglés, portugués y castellano. Al salir un auto nos llevó de nuevo al valle. Jesús pasó un momento por la casa "San José", donde estaba alojando. Luego aprovechamos para conversar, caminando de nuevo, lentamente, hacia arriba. Llegamos a la Iglesia pasadas las 4.00. En el interior había mucha gente. Esa fue la última vez que pudimos ver el rostro del Padre en este mundo. Después de un corto descanso, a las 8.15 estaba ubicado cerca de la librería de los PP. Pallottinos. Con varios otros estaba encargado de cuidar el orden. La gente ya comenzaba a llegar, ubicándose en los alrededores del Santuario original. La mañana estaba nublada, y por momentos llovió. Espontáneamente se comenzó a rezar el Rosario. Se calcula que había entre cuatro y cinco mil personas —a pesar de ser día de semana—. A eso de las 9.00 pasó lentamente un coche, llevando el ataúd del Padre. Detrás venían caminando el P. Menningen, Mons. Tenhumberg, la Hermana M. Emmanuele, la Señora Gramlich, el Señor Herberger y demás representantes de los Institutos y Ramas de la Familia. Sonaba la campana del Santuario original. La última visita del Padre al Santuario duró aproximadamente una hora. Pude escuchar como alguien leía trozos del Documento de Fundación:

"... al contemplar Pedro las glorias de Dios en el Tabor, exclamó arrebatado: Aquí se está bien... ¡Construyamos tres tiendas! Estas palabras me vienen a la memoria una y otra vez. Y a menudo me he preguntado: ¿no sería posible que la capilla de nuestra Congregación llegara a ser al mismo tiempo nuestro Tabor, en el cual se manifiesten las glorias de María? Sin duda, no podemos realizar obra apostólica más grande, ni dejar a los que nos sigan herencia más preciosa que inducir a nuestra Señora y Soberana a que establezca aquí su trono, reparta sus tesoros y obre milagros de gracias. Ustedes vislumbran cual es mi objetivo: quisiera hacer de este lugar un lugar de peregrinación y de gracias para nuestra casa y para toda la provincia alemana, y quizás más allá... "

54 años más tarde, esas palabras pronunciadas por aquel joven sacerdote, haciendo hoy —ya muerto— su última visita al Santuario, resonaban con fuerza profética. Proféticas, sí, pues esas palabras fueron inspiradas por Dios, y éstas realizan siempre lo que dicen. El coro y los allí presentes cantaron el Himno del terruño, esa canción que resume tan hermosamente los ideales de nuestra Familia, y uno de los cantos predilectos del Padre.

A las 10.00 la procesión se puso lentamente en marcha. Adelante iban las banderas de la juventud femenina. Seguían luego las alumnas del Colegio Mariano, la Liga Femenina, el Apostolado de los enfermos, las madres, la Obra Familiar, la Federación, el Instituto Nuestra Señora de Schoenstatt, los hermanos Marianos, los sacerdotes diocesanos, los Padres de Schoenstatt. A continuación el ataúd del Padre, rodeado a ambos lados por cuatro Hermanas Marianas (novicias). Cada una de ellas llevaba un lirio blanco en la mano. Seguían el Presidio General y la Dirección general de los Institutos y luego un grupo muy grande de Hermanas (seguro más de 1.000). Finalmente los teólogos, hombres y jóvenes.

Siendo la procesión tan larga, era imposible lograr una visión completa de la misma. Yo estuve más bien adelante. Le escuché entonar a la juventud femenina un canto muy lindo, a varias voces. Los demás grupos cantaron también muchos cantos de la Familia. Por momentos las melodías se entrecruzaban, formándose como ecos y acordes inusitados. El Padre subía por última vez al Berg Schoenstatt. Por él doblaban ahora las campanas de los Santuarios de Schoenstatt: la del Santuario original, de la casa "Mariengart", de las Señoras de Schoenstatt, y del Berg Schoenstatt. Al llegar al cementerio de las Hermanas el cortejo se desvió a la derecha. Siguió luego hacia arriba, pasando junto al Noviciado de las Hermanas. Finalmente fue recibido por las campanas de la Iglesia de la Adoración.

Poco después de las 11.00 comenzó la gran concelebración. La Iglesia estaba repleta, de bote en bote. Celebrante principal era el Obispo de Treveris, Mons. Stein. Lo asistían Mons. Tenhumberg y el Obispo Auxillar de Aachen, Mons. Wissing y el P. Menningen y lo rodeaban una veintena de sacerdotes a ambos lados. El Nuncio Apostólico de Alemania, Mons. Bafile, estaba arrodillado a un costado del altar. En total había aproximadamente unos 200 sacerdotes en esos momentos. También miembros de congregaciones religiosas. No faltó una representación de los Padres Pallottinos de la provincia de Limburgo, encabezados por el P. Provincial. La Santa Misa fue solemne y emocionante. El coro de las Hermanas Marianas cantó melodías magníficas.

Después del Evangelio, Mons. Tenhumberg se refirió a la persona y al mensaje del Padre (les transmito solo la disposición general y algunos pensamientos que más se me grabaron. Más adelante tendremos el texto completo de su homilía). En la primera parte recordó el mensaje que el Padre había dado, en un mundo secularizado y que ha perdido el sentido de Dios, del Dios vivo y providente, que actúa e interviene continuamente en la historia, aún hasta en los detalles más insignificantes. Confesó que en su vida no había conocido sacerdote alguno que, como el Padre, hubiera sido tan respetuoso del lenguaje de Dios manifestado en los signos de los tiempos. La segunda parte de su mensaje fue la Alianza de amor con la Sma. Virgen. El Padre veía la Iglesia del futuro como una Iglesia de rasgos marcadamente Marianos. El tercer aspecto de su mensaje fue la conciencia de misión. Schoenstatt como una respuesta en, con y para la Iglesia. El mensaje del hombre nuevo en la nueva comunidad, al servicio del apostolado universal.

Recordó que en los últimos tiempos el Padre había insistido nuevamente sobre la Confederación Apostólica Universal, ideal que había tomado de Vicente Pallotti. Mons. Tenhumberg recordó que el Padre quiso, como epitafio de su tumba, las palabras que un cadernal hiciera escribir en la suya: "Dilexit Ecclesiam" (El amo a la Iglesia). Eso fue lo que el Padre dijo de la Iglesia. ¿Qué dirá la Iglesia, algún día del Padre? Eso dependía de nosotros, sus hijos. Pues el Padre, como San Pablo, podía decir: "Vosotros sois nuestra carta, escrita en nuestros corazones, conocida y leída por todos los hombres" (2 Cor. 3,2).

Un grupo numeroso de sacerdotes repartió la Sagrada Comunión. Se calcula que comulgaron unas 3.000 personas. Concluida la Santa Misa se rezó el Responso. El coro y toda la Iglesia cantaron el "Salve Regina", luego "Dios Trino" y "Ten el cetro". Finalmente el Padre fue llevado a la antigua sacristía y depositado en su tumba, mientras se rezaban las últimas oraciones. Luego comenzó un largo desfile. Todos querían pasar a darle el último adiós.. . Quiero resumir ahora, en unas breves consideraciones, mis impresiones de los últimos días.

1. El Padre, en su vida y en muerte, es un gran signo de la presencia y del amor de Dios Trino hacia nosotros, hacia la Iglesia y el mundo, que debemos agradecer. Ciertamente, no podemos aquilatar en estos momentos la magnitud de lo que en él y a través suyo hemos recibido. Eso será tarea a realizar en adelante. Pero ya tenemos hechos suficientes como para poder apreciar este don de Dios, del que somos depositarios y del que debemos dar testimonio. Habiendo sido nuestro Padre una persona tan universal, no es fácil intentar una visión integral de su persona. Por eso me voy a referir a un solo rasgo: a su amor de Padre.

Alguien me comentó esta mañana que una de las cosas que más le habían impresionado ayer en Schoenstatt, era el hecho de que en todo lo que se hizo se notaba la expresión de un gran amor personal al Padre. Baste el recordar los cantos, la cantidad de gente que se hizo presente, la corriente ininterrumpida de oraciones. . . Era emocionante ver en tantos rostros, que llevaban las huellas de un profundo dolor, la expresión de un hondo amor hacia el Padre. De ahí que ese dolor no era algo desgarrante. En cierto sentido era un dolor transfigurado. En un mundo lleno de violencias, donde se siente un "frío antropológico", en el cual millones sufren el fenómeno de la "incomunicación"... ¡qué maravilla poder percibir, en las lágrimas de tantos corazones nobles, la realidad de un amor profundo, que va más allá de la muerte, destello del inagotable amor divino!. Por eso nuestra honda gratitud hacia el Padre, por todo el amor que nos dio. Gratitud que quiere expresarse sobre todo en la fidelidad a su misión.

2. La muerte del Padre y las circunstancias de los días posteriores estuvieron llenos de valor simbólico. Enumero algunas: El día de su muerte: la fiesta de los siete dolores de la Virgen María. ¡Qué mejor expresión de su vida, consagrada por entero al servicio de la Sma. Virgen, a proclamar su misión para los tiempos actuales y el futuro! En cierta oportunidad dijo: "Todo lo que soy y lo que tengo lo he recibido de ella". Y que haya sido en la fiesta de sus dolores: símbolo de su

larga vida de sufrimientos, recuerdo de uno de los rasgos bíblicos de la imagen de María: su corazón traspasado por una espada (Lc. 2,35).

Las circunstancias de su muerte: tiempo atrás le había dicho al Padre Menningen que moriría cerca del altar. Durante toda su vida nos predicó, con su ejemplo y su palabra, que la Santa Misa debía ser el punto de partida, la cumbre y la culminación de nuestra jornada de trabajo. Su muerte se convierte, en esta perspectiva, en un signo.

Y ya en el día de ayer, muchos signos o "palabras" del Padre Dios. Pensemos en su último trayecto: desde el Santuario original, abajo en el valle, hasta la Iglesia de la Adoración, consagrada a la Santísima Trinidad, en las alturas del Berg Schoenstatt. Esa lenta ascensión era como un resumen de nuestra espiritualidad: la Alianza de Amor con la Mater debía conducirnos, finalmente, a una indisoluble Alianza de Amor con el Dios Trino. Hacia esas alturas nos quiso conducir, así lo expreso en el "Hacia el Padre":

"¿No llevo yo también profundamente grabado en el corazón, mucho más que todo aquello que un hombre puede amar, el pequeño y noble reino Familiar que yo quisiera se asemejara a la Trinidad?"

Palabras elocuentes eran las Hermanas Marianas, cada una con una azucena blanca en la mano, que acompañaban el ataúd. ¿Cómo no pensar en el "espíritu de Inmaculada", que el Padre encarnó en su vida y que señalara como la tierra fértil en la cual Schoenstatt podía y debía crecer? La Iglesia en la que ahora descansa es la Iglesia de la Adoración. ¿No fue el Padre, en medio de su incansable vida de trabajo, un hombre contemplativo? ¿No era su anhelo más profundo formarnos de tal manera que llegásemos a ser hombres que vivieran continuamente en la luz divina, en la seguridad divina, en la fuerza divina y en la victoriosidad divina? Sin duda, su aspiración fue educar una Familia en la que todos fueran hombres de contemplación, es decir, hombres que en el diario trajín vivieran continuamente en comunión con la voluntad divina.

Un signo más: durante su vida, el Padre trabajó casi siempre en la oscuridad, en la atención personal de sus hijos, en prolongados e interminables diálogos. De ahí que, a pesar de ser un hombre tan grande, fuera hasta ahora relativamente poco conocido en la Iglesia y en el mundo. Y en estos momentos pareciera que la Mater le hubiera preparado, como lugar de descanso definitivo, una magnífica Iglesia de piedra, en las alturas de un monte, para que todos lo puedan ver y llegar hasta él.

3. Finalmente, el Padre nos dio una misión por la cual entregar nuestra vida. Hace pocos días leí un comentario de J. J. Servan Schreiber: "El mundo no sabe hacia dónde avanzar". En verdad, no pocos se encuentran en esta lamentable situación. Por el contrario, en nuestro Padre y Fundador, nosotros hemos recibido un jefe y un guía que nos mostró claramente el camino: formar el hombre nuevo en la nueva comunidad, al servicio del apostolado universal. Este ideal tuvo, con el

correr de los años, diversas formulaciones: su contenido fue siempre el mismo. La última expresión que le diera el Padre fue la siguiente:

"Con María, alegres por la esperanza y seguros de la victoria, hacia los tiempos más nuevos"

E. J. U.

LOS PROFETAS, AL CABO DE MILENIOS, SIGUEN VIVOS. DE SUS PALABRAS, QUE VIERON CAER SOBRE LA ARENA CALCINADA DEL DESIERTO, HAN BEBIDO LOS HOMBRES DE INNUMERABLES GENERACIONES. LOS HOMBRES CON AUTORIDAD MORAL HAN AUMENTADO LA REALIDAD —ES LO QUE QUIERE DECIR LA PALABRA "AUTORIDAD"—, NOS HAN ENRIQUECIDO, NOS ORIENTAN, NOS AYUDAN, TAL VEZ DECIDEN HOY LO QUE VA A PASAR MAÑANA.

Julián Marías (1972).

CREO PODER AFIRMAR ALGO CON SEGURIDAD: DE ESTA OSCURA SITUACIÓN SURGE UN RENOVADO Y SIN PAR OPTIMISMO. ES LA FE SERENA Y FUERTE EN UN MUNDO NUEVO QUE ESTÁ EN GESTACIÓN, UN MUNDO LLENO DE LUZ Y DE RESPLANDOR SOLAR, UN MUNDO EN EL CUAL CRISTO, REY DEL MUNDO, Y LA SANTÍSIMA VIRGEN, LA REINA DEL MUNDO, LOGRARÁN UNA GRAN VICTORIA. Y NOSOTROS, QUE MARCHAMOS EN LA OSCURIDAD, SOMOS LOS ADELANTADOS DE ESTE NUEVO Y GLORIOSO FUTURO, AUNQUE NUESTRO CAMINO NOS LLEVE A TRAVÉS DE OSCURIDAD Y TINIEBLAS, AUNQUE TAMBIEN DEBAMOS MORIR EN FORMA SANGRIENTA. . .

José Kentenich (1950).

EPILOGO

Siempre han sido necesarios pioneros, líderes, jefes. Pero lo son más que nunca cuando ruge la tormenta y es necesario enfrentar con sangre fría el huracán. Cuando un regreso hacia atrás es impensable y el único imperativo es internarse mar adentro, en busca de las nuevas playas. Los tiempos difíciles no siempre son los peores. A menudo los grandes hombres, las grandes empresas han surgido

como respuesta a los grandes desafíos de la historia. En los hombres y los pueblos existen energías y heroísmos latentes que solo despiertan en los momentos cruciales. Con una condición: que haya quienes tomen la bandera y sepan mostrar, con sus vidas, el camino.

"Nosotros deberíamos tener alguien a quien podamos tener confianza y seguir", le decía Juan Manuel Fangio, quintuple campeón mundial de automovilismo, a Ernesto Sábato, conocido escritor argentino, conversando en Buenos Aires (Abril de 1971).

Quienes hemos tenido la dicha de conocer al Padre Kentenich, hemos visto colmado ese anhelo. Podemos entregarnos por entero pues confiamos en alguien por entero. En alguien, no solamente en ideas, por más lindas que sean. Tampoco nos fiamos de planes o proyectos puramente humanos. Caminamos en la luz de un hombre, sacerdote y Padre, que fuera consecuente con sus ideales hasta el fin. Seguimos las huellas de un hombre de Dios, de un verdadero profeta, que supiera del riesgo y de la audacia. Que por cumplir su misión expusiera su vida por los suyos, aunque debiera por ello bajar hasta los abismos más profundos. Que experimentara en carne propia "aquello que hoy conmueve al Occidente hasta en sus raíces más profundas" y, al mismo tiempo, la solución. Un hombre que, contemplando su vida, se veía "como un nadador, que en medio de la tormenta y el mal tiempo, año tras año comparte con su séquito, audaz y osadamente, las olas y corrientadas, a fin de arribar a las playas desconocidas de una nueva época"

Es imposible pretender expresar en palabras lo que uno podía sentir junto al Padre Kentenich (quizás algo se haya percibido en estos testimonios). En todo caso, quien pudo experimentarlo, comprende mejor lo que debe haber sido la experiencia de Pedro en el monte Tabor ("que bien que estamos aquí. . ."). No se trata, sin embargo, de sentirse bien a fin de huir de la dureza de las luchas de hoy. Por el contrario: las horas de Tabor vividas junto al Padre Kentenich han de convertirse en el trampolín de la actitud valiente y audaz con que nos lancemos a forjar a ese hombre nuevo y esa nueva sociedad que Dios quiere para el futuro.

De este modo la vida del Padre Kentenich se convierte para nosotros —y para todos aquellos que a él se acerquen con un corazón abierto— en un signo luminoso. Me nace compararlo con esa estrella —el "lucero del Alba"— que, aún en medio de la oscuridad del firmamento, anuncia con su luz solitaria la llegada de un nuevo día. A pesar de magníficas conquistas y realizaciones, una profunda crisis y revolución marca nuestro tiempo. Aún no ha despuntado el sol, caminamos todavía en la noche. Pero una estrella refulgente, penetrada del resplandor de Cristo, nos muestra el camino.

En la madrugada del sábado 3 de Mayo de 1074 —así nos lo relate el monje Néstor en su "Crónica"— moría en el monasterio de Kiev, sito en una de las colinas que descienden suavemente hasta el río Dnieper, uno de los más grandes santos rusos: San Teodosio. Durante años había sido Abad de la comunidad y un verdadero Padre para todos los monjes. Estos rodeaban con lágrimas y angustia

su lecho de enfermo. Poco antes de morir, el santo se despedía con estas palabras: "Les prometo, hermanos y padres, que aunque me separe físicamente de ustedes, en espíritu permanezco siempre con vosotros. Y he de responder ante Dios por todos aquellos que mueran aquí en el monasterio y sean enviados a alguna parte por el Abad".

Dios, "que no se cansa ni fatiga" (Is. 40,28), es un Dios de fidelidad. En el Padre Kentenich nos ha manifestado al vivo su presencia y su rostro. En él nos ha hablado. "Estamos el uno junto al otro para encendernos mutuamente. Nos pertenecemos el uno al otro ahora y en la eternidad; también en la eternidad estaremos el uno en el otro. . . Y entonces, permaneciendo el uno en el otro y con el otro, contemplaremos a nuestra querida Madre y a la Santísima Trinidad " (31-5-1949). Una estrella, lucero del alba, ilumina con su resplandor nuestra marcha hacia la luz del mediodía.